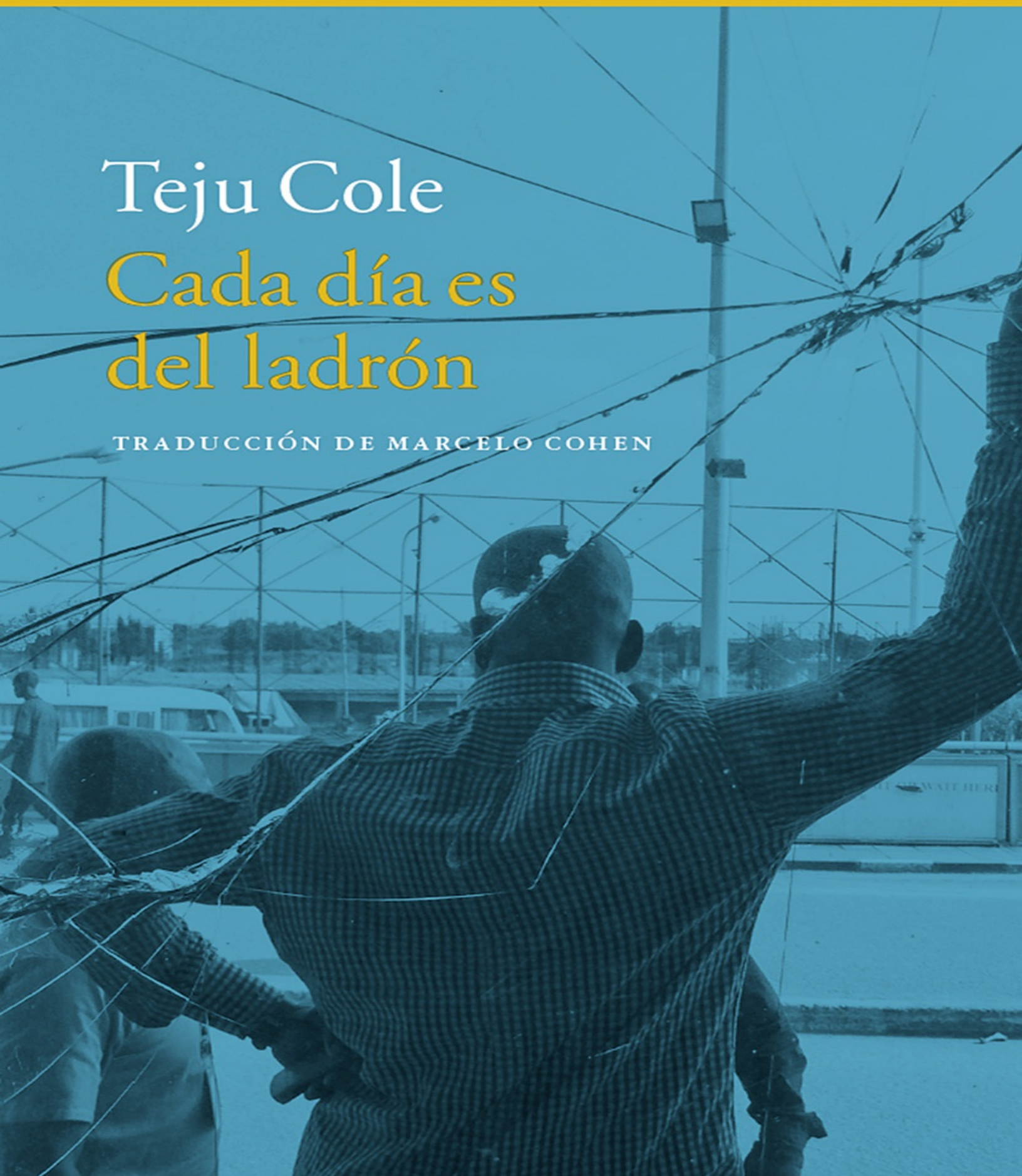


A C A N T I L A D O

Teju Cole
Cada día es
del ladrón

TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN



TEJU COLE

CADA DÍA ES DEL LADRÓN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARCELO COHEN



ACANTILADO
BARCELONA 2019

CONTENIDO

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10 — 11 — 12 — 13 — 14 — 15 — 16 — 17 — 18
— 19 — 20 — 21 — 22 — 23 — 24 — 25 — 26 — 27

*Para Karen
y para mis padres,
Jeremy y Bibi*



La ventana era una entre muchas,
la ciudad era única, era la que dejé atrás.

MARIA BENET,
Mapmaker of Absences

Ojo gbogbo ni t'ole, ojo kan ní t'olohum.
[Cada día es del ladrón, pero un día es para el dueño].

Proverbio yoruba



Me levanto tarde la mañana que debo ir al consulado. Antes de salir, mientras junto mis documentos, llamo al hospital para avisar de que no llegaré hasta pasado el mediodía. Después entro en el metro y voy hasta la Segunda Avenida y encuentro el consulado sin grandes problemas. Ocupa varias plantas de un rascacielos. En una sala sin ventanas del octavo piso está la oficina de trámites consulares. Esta mañana de lunes la mayoría de los que esperan son nigerianos, casi todos de mediana edad. Los hombres son calvos, las mujeres llevan peinados complejos, y hay el doble de hombres que de mujeres. Pero también hay caras imprevistas: un hombre alto que parece italiano, una chica de Asia Oriental, otros africanos. Al entrar en la sórdida sala, cada cual coge un número de un aparato rojo. La moqueta es del color indefinido que comparten todas las moquetas de los lugares públicos y está sucia. Un televisor montado en la pared pasa un informativo a través de una tela de nieve. Luego de un rato de noticias transmiten un partido de fútbol entre el Enyimba y Túnez. En la sala la gente llena impresos.

Se ven tantos pasaportes azules estadounidenses como verdes de Nigeria. La mayoría de estas personas se divide en tres categorías: nuevos ciudadanos de Estados Unidos, ciudadanos de Estados Unidos y Nigeria y ciudadanos de Nigeria que van a llevar a sus hijos a casa por primera vez. Yo soy de los de doble ciudadanía y he venido a que me renueven el pasaporte nigeriano. Al cabo de veinte minutos llaman mi número. Me acerco a la ventanilla con mis impresos y hago el mismo gesto de súplica que he observado en otros. El joven brusco sentado detrás del vidrio pregunta si tengo la orden de pago. Yo había esperado que aceptaran metálico. Él señala un cartel pegado al vidrio: POR FAVOR: PAGUE ÚNICAMENTE CON ÓRDENES. Lleva una tarjeta con su nombre. La página web del consulado indicaba que la tarifa para renovar el pasaporte es de ochenta y cinco dólares, pero no aclaraba que no aceptan metálico. Salgo del edificio, camino hasta Grand Central Station, que está a quince minutos, hago la cola, compro una orden de pago y camino quince minutos de vuelta. En la calle hace frío. Cuando llego al cabo de unos cuarenta minutos la sala de espera está llena. Cojo un número, lleno la orden de pago a nombre del consulado y espero.

Hay un grupito reunido ante la ventanilla de trámites. Un hombre ruega sonoramente cuando le dicen que vuelva a buscar su pasaporte a las tres:

—Abdul, escucha, mi vuelo es a las cinco. Por favor, tengo que volver a Boston, ¿no se puede hacer algo?

Hay una nota aduladora en la voz, y el desaliño del aspecto, jersey marrón de poliéster y pantalones marrones, no modera en nada la desesperación que uno percibe. Un hombre estresado en ropa estresada. Abdul habla por el micrófono:

—¿Y qué le voy a hacer? La persona que supuestamente pone la firma no está. Por eso le digo que vuelva a las tres.

—Mira, mira, aquí está el billete. Venga, Abdul, fíjate. Cinco de la tarde, pone. No puedo perder ese vuelo. Sencillamente no puedo.

Sin dejar de rogar, el hombre pasa un papel por debajo del vidrio. Abdul mira el billete con una reticencia ostentosa y, exasperado, habla por el micrófono bajando la voz.

—¿Pero qué quiere que haga? La persona encargada no está. De acuerdo, por favor tome

asiento. Veré qué se puede hacer. Pero no le prometo nada.

En cuanto el hombre se escabulle, varios se levantan e, impresos en mano, van a empujarse delante de la ventanilla.

—Por favor, yo también lo necesito enseguida. Se lo ruego, póngalo junto a ése.

Abdul los ignora y llama al número siguiente. Algunos se quedan rondando la ventanilla. Otros vuelven a sentarse. Uno de ellos, un muchacho con una gorra celeste, no para de restregarse los ojos. Un hombre mayor, sentado unas filas delante de mí, apoya la cabeza en las manos y dice en voz alta, a nadie en particular:

—Esto tendría que ser un momento alegre, ¿sabéis? Ir a casa debería ser motivo de alegría.

Sentado a mi derecha, otro hombre llena impresos para sus hijos. Me informa de que hace poco hizo renovar el pasaporte. Le pregunto cuánto tiempo le llevó.

—Hombre, normalmente son cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? Yo viajo en menos de tres. La web asegura que el trámite tarda una semana nada más.

—Eso sería lo normal. Pero no. Mejor dicho, sí, siempre y cuando pagues la tasa por «despacharlo». Es una orden de cincuenta y cinco dólares.

—En la web no hay nada de eso.

—Claro que no. Pero es lo que hice yo; lo que tuve que hacer. Me lo dieron en una semana. Desde luego que la tasa de despacho no es oficial. Mira, estos tipos son ladrones. Cogen la orden de pago, no te dan recibo, la ingresan en la cuenta y sacan el dinero. Todo para sus bolsillos.

Da un rápido tirón con las manos, como si estuviese abriendo un cajón. Es lo que me temía: un arreglo directo con soborno. Yo he ensayado mentalmente cómo reaccionar ante un posible encuentro con la corrupción en el aeropuerto de Lagos. Pero para el choque de topar con un chantaje en plena Nueva York estaba mal preparado.

—Bueno, pues insistiré en que me den un recibo.

—Vamos, chico, vamos. ¿Para qué te vas a meter en líos? De todos modos se llevarán el dinero y te castigarán demorando el pasaporte. ¿Es eso lo que quieres? ¿No te interesa más tu viaje que demostrar lo que piensas?

Sí, pero ¿no es esta complicidad negligente lo que ha hundido a nuestro país en la desgracia? La pregunta tácita flota entre mi interlocutor y yo. Cuando por fin oigo mi número ya son más de las once. La historia es tal como la ha contado el hombre. Hay una tasa de cincuenta y cinco dólares por despacho rápido, adicional a los ochenta y cinco que cuesta realmente el pasaporte. El pago se hace con órdenes separadas. Por segunda vez esta mañana salgo a comprar una orden. Aprieto el paso y cuando vuelvo a las doce menos cuarto, quince minutos antes de que cierren, estoy agotado. Esta vez no cojo número. Me abro paso hasta la ventanilla y presento el impreso con las órdenes requeridas. Abdul me dice que recoja el pasaporte en una semana. Sólo me da un comprobante, el de la tasa original. Lo tomo sin decir palabra, lo doblo y me lo guardo en el bolsillo. Camino hacia la salida, al lado de los ascensores hay un cartel medio roto que dice:

AYÚDENOS A COMBATIR LA CORRUPCIÓN.
SI ALGÚN EMPLEADO DEL CONSULADO
LE PIDE UN SOBORNO O UNA PROPINA,
TENGA A BIEN HABLAR DISCRETAMENTE
CON EL CÓNsul GENERAL.

La nota no contiene ningún número ni dirección de correo electrónico. Es decir, sólo puedo

llegar al cónsul general a través de Abdul o uno de sus colegas. Y lo más probable es que el cónsul general también esté en el tinglado. Tal vez el treinta o treinta y cinco por ciento de la «tasa de despacho» vaya directamente al jefe. Al salir echo una mirada a la cara de Abdul. Está absorto en atender a otros solicitantes. Bajo un barniz muy elaborado—«únicamente con órdenes»—, esto es una farsa.

Atardece cuando el avión se aproxima a los caseríos de las afueras de la ciudad. Suave y gradualmente desciende hacia tierra, como si bajara por una escalera invisible. Desde la pista el aeropuerto parece triste. Tiene el nombre de un general muerto y todo lo peor de la arquitectura de los setenta. La chapucera pintura blanca y las interminables hileras de ventanitas dan al edificio principal el aspecto de un bloque de apartamentos baratos. El airbus de Air France toca tierra y se desliza por el asfalto. Con los chorros de aire entra un alivio en las bodegas y la cabina. Algunos pasajeros aplauden. Pronto estamos saliendo en tropel. Una mujer cargada de maletas intenta adelantarse por el pasillo. «¡Espérame!—le grita a su compañero, tan fuerte que todos la oyen—. ¡Ya voy!».

Y yo también experimento el éxtasis de la llegada, el sentimiento irracional de que ahora todo irá bien. Quince años lejos de casa es mucho tiempo. Y parece todavía más porque me fui envuelto en una nube.

El desembarque, el control de pasaportes y la recogida de equipaje nos lleva más de una hora. Fuera el cielo se llena de sombras. Un hombre discute sobre la ineficiencia con un apático oficial de aduanas.

—Esto es un aeropuerto internacional. Podrían manejarlo mejor. ¿Le parece que ésta es la primera impresión que los extranjeros deben llevarse de nuestro país?

El oficial se encoge de hombros y le dice que las personas como él deberían volver a casa y mejorarla. Mientras esperamos que la cinta arroje las maletas, un tipo blanco que está a mi lado me da conversación. Lleva zapatones calados y le pregunto si es escocés. «Sí», dice, y me cuenta que trabaja en las plataformas petrolíferas.

—Anoche, en París, me emborraché y me robaron. Malditos gabachos, se llevaron mi tarjeta de crédito. Pero los Campos Elíseos, ¡qué maravilla! Sí, me puse como una cuba. Trompa perdido.

Sonríe con una mueca. Tiene los dientes tachonados de metal. Lleva un pendiente y se le nota la barba de un día. No es lo más refinado de Europa pero aquí se las va a apañar.

—No tengo vuelo a Port Harcourt hasta mañana. Esta noche me quedaré en el Sheraton. Es donde paran las azafatas, no sé si me entiendes.

Asiento. Al fin llegan mis maletas, húmedas y manchadas de polvo. Las pongo en un carrito. A la salida un oficial de paisano me hace señas de que pare. Está sentado junto a la puerta y no parece que cumpla una función concreta. Está ahí, nada más. Pregunta si soy estudiante. Bueno, sí, en cierto modo. Imagino que la mentira acelerará el trámite.

—Eh, mmm, me lo imaginaba. Tienes pinta de estudiante. ¿Y dónde estudias?

En la Universidad de Nueva York, digo, y hace tres años habría sido cierto. Él asiente con la cabeza.

—Pues en Nueva York gastan dólares. Ya me entiendes, dólares.

Un silencio sin sentido circula entre los dos. Luego, *sotto voce* y en yoruba, la exigencia:

—*Ki le mu wa fun wa?* ¿Qué me has traído para Navidad? Porque, ya sabes, en Nueva York gastan dólares.

Sólo he traído resolución. No le hago caso y empujo el carrito hasta donde me esperan tía Folake y su chofer. Cuando deshacemos el abrazo, ella está lagrimeando. Una escena sacada del hijo pródigo. Ella vuelve a estrujarme y se ríe de corazón.

—¡No has cambiado nada! ¿Será posible?

Afuera, el aeropuerto parece mejor, más regio que durante el aterrizaje. Las puertas están taponadas de familiares de viajeros y mucho más de farsantes, timadores y toda clase de individuos que están allí porque no tienen otra cosa que hacer.



De camino a casa, en la rotonda de la parada de autobús de Ikeja, donde el tráfico gruñe con el ajetreo de la hora punta, nos detenemos por completo. A no más de veinte metros, bajo el paso elevado, hay una trifurcación entre dos policías.

—¡Lárgate!—le grita uno a su compañero—. ¿Por qué siempre te plantas aquí? ¿Por qué no te pones allá?—Apunta al otro lado de la rotonda. Por un momento parece que el otro ve sentido a la sugerencia, pero se demora en cumplirla porque el desacuerdo ya ha atraído las miradas de los peatones. Se resiste a quedar como un cobarde. Ambos son delgados y de piel oscura, visten uniformes gris marengo y llevan ametralladoras colgadas de los hombros. Se quedan confundidos, en silencio, como dos actores que han olvidado sus papeles. Una multitud de trabajadores los mira boquiabierto a distancia prudencial.

Tía Folake explica qué sucede. Es habitual que en este lugar los policías paren a los conductores para exigir propinas. Uno de éstos se ha acercado demasiado y el otro lo está echando. Apiñarse perjudica el negocio: los conductores se enfadan si les cobran dos veces. Todo esto tiene lugar bajo un cartel que dice: LA CORRUPCIÓN ES UN DELITO: NO DÉ NI ACEPTÉ SOBORNOS.

¿Y cuánto dinero del gobierno, me pregunto, viene del empresario que se hizo con el contrato de estas vallas?

Una cosa es que a uno le hablen de la «economía sumergida» de Lagos y otra muy diferente, verla en acción. Es una presión constante sobre todos. Quince minutos antes de llegar a la parada de Ikeja, en la carretera del aeropuerto, habíamos cruzado un peaje. También estaba a la sombra de un gran letrero que condenaba la corrupción e instaba a los ciudadanos a mejorar el país. El precio publicitado y supuesto era de doscientos naira. Sin embargo los conductores profesionales como el nuestro saben que pueden pasar el peaje pagando la mitad. «Por doscientos naira dan el resguardo», dice el chofer. «Por cien no. Pero a mí de qué me sirve el resguardo? ¡No lo necesito!». Y así es como a lo largo del día miles de coches que pagan el peaje informal forran los bolsillos de los cobradores y sus jefes. La exigencia del oficial de migraciones, la historia del peaje, los policías de Ikeja: a los cuarenta y cinco minutos de dejar el aeropuerto ya me he encontrado con tres ejemplos claros de corrupción.

Sin embargo, ya por la noche, antes incluso de llegar a casa, veo otras formas de pensar en esos intercambios. En Ogba paramos a comprar pan. Ogba está algo después de Ikeja, en la carretera de Agidingbi. A la entrada de la tienda un portero nos saluda y nos abre la puerta. Cuando unos minutos después salimos, nos sigue veinte metros pidiendo una propina. No exige. Lo hace con la suavidad de quien le explica algo a un niño.

—¿Tiene algo para darme, señor?

Lleva un uniforme de vigilante que fue blanco y no va armado. Cuando mi tía niega con la cabeza, él sacude la suya disculpándose, sonrío y se esfuma. No bien nos subimos al coche, una mujer flaca con *buba* e *iro* andrajosos se acerca a pedir dinero para poder volver a su casa. En realidad no la veo acercarse; de pronto la tengo delante sin más. Es menuda y parece enferma. Una mujer pequeña sin nombre: forma parte de lo que hay debajo de los bancos relucientes, los comederos chic, los coches de lujo. Personas que de golpe están ahí, las muchas que viven de

pequeñas dádivas.

La noche cae sin aviso. Respiro el aire de la ciudad por primera vez en una década y media, el humo blanco y el polvo ocre tan familiares como mi aliento. Pero hay cosas menos visibles que han cambiado. He asimilado ciertos supuestos de la vida en una democracia occidental—algunas ideas sobre la legalidad, por ejemplo, expectativas de un proceso adecuado—y en este sentido regreso como extranjero. Lo que me hace pensar el viaje desde el aeropuerto y se confirmará en los días siguientes es en qué medida Lagos se ha vuelto una sociedad clientelista.

Aquí el dinero, servido en cantidades adecuadas al contexto, es un lubricante social. Facilita el pasaje mientras mantiene las jerarquías. Cincuenta naira para el que te ayuda a aparcar, doscientos naira para el policía que te ataja sin razón en plena noche, diez mil para el agente de aduanas que te ayuda a pasar una caja con artículos importados. Para cada transacción hay una suma apropiada que hace rodar las cosas. No parece que a nadie le preocupe, como a mí, que el dinero que reclama alguien con un dedo suspendido sobre el gatillo de una AK-47 sea menos una propina que un rescate. Siento que mi preocupación es un lujo que pueden darse muy pocos. Para muchos nigerianos, dar y recibir sobornos, untos, dinero de extorsión o limosnas—las categorías son fluidas—no son actos que se piensen en términos morales. Son cosas que se consideran molestias menores u oportunidades. Es una manera de que las cosas se hagan, ya que el dinero no está ni más ni menos que para eso.

El metálico tiene que cambiar de manos: así es el mundo. Sólo en casos abusivos, como el del inspector general de Policía condenado hace poco, es visto como una plaga en el sistema. Tafa Balogun robó miles de millones y dejó sin sustento a miles de policías; en parte, aunque no totalmente, a esto se debe que ellos a su vez extorsionen a los conductores. Con todo, casi nadie se queja de que Balogun robara. Que un alto funcionario de gobierno pueda malversar fondos públicos se da por sentado. Lo que los fastidia es que robara tanto tan deprisa. Si hubiera actuado con cierta moderación, se dicen, si hubiera pellizcado de aquí y de allá, no lo habrían detenido. El proceso a Balogun es uno de los poquísimos que se han llevado a cabo contra un funcionario importante desde que empezó la campaña anticorrupción; el día siguiente a mi llegada a Lagos concluye el juicio. Balogun es declarado culpable y se lo condena a seis meses de cárcel por el robo de una cifra estimada en catorce mil millones de naira. Seis meses por un poco más de cien millones de dólares. Sin embargo no hay motivos para creer que este ejemplo de robo sea el más grave. La gente da por sentado que la corrupción continúa incluso en las esferas más altas del Gobierno: contratos, liquidaciones, concesiones petrolíferas. Más tarde los periódicos rumorean que Tafa Balogun ha muerto en prisión. Nadie parece saber cómo, cuándo o por qué. Da la impresión de que a nadie le importa que haya muerto. Y también cuando se enteran de que los rumores eran falsos todos se encogen de hombros.

La mayoría de los agentes de policía gana entre diez y quince mil naira al mes. Está claro que no pueden sobrevivir con unos salarios que equivalen a menos de cien dólares. Una vez a un amigo de mi tío, oficial de migraciones, lo trasladaron fuera del estado, a una zona remota del país. El hecho de que se negara a aceptar sobornos estaba afectando a los ingresos de sus colegas y, por extensión, la capacidad de éstos de mantener a sus familias; hubo que enviarlo adonde molestara menos. Igualmente bajos son los salarios en las fuerzas armadas, donde además nunca hay garantías de que llegue la paga. Y a estos hombres fuertemente armados y mal pagados se les confía la tarea de proteger a la ciudadanía.

La economía sumergida es el pan de muchos lagosenses. Pero a la vez la corrupción, en forma de piratería o de chanchullo, entraña que la mayoría permanezca marginada. A cada paso se

minan los sistemas que podrían sacar a esa mayoría de la pobreza. Justamente porque todo el mundo toma un atajo nada funciona, y así la única manera de lograr hacer algo es tomar un atajo más. En estas situaciones la ventaja la tiene el que más apuesta, el más dispuesto a pagar o poner a prueba los límites de la ley.

Minutos más tarde, cuando por fin llego a la casa de mis tíos, se corta la electricidad. La súbita privación no sorprende a los que viven aquí. Es un rito nocturno. Pero yo ya no estoy acostumbrado y paso una mala noche rastreando las sombras que parpadean incansablemente en las paredes de hormigón. El aire quema y está cargado de fantasmas y olor a queroseno.



La mañana siguiente me despierta una música suave: la llamada del muecín a la oración flota por el valle boscoso que separa la casa del minarete. Me levanto y atravieso la casa de puntillas. Todos siguen durmiendo: mi tío y mi tía, mis primos, la sirvienta. Aún no ha vuelto la electricidad. En la sala se filtra la luz natural. Hago té. El canto de los gallos, venido de otro lado, se escurre entre el árabe del muecín. Llega desde lejos un olor a cocina.

Desde la galería trasera se ve una garganta. Cuando visitaba la casa en otro tiempo la vista me dejaba atónito, y mientras estaba lejos el pensamiento solía devolverme allí. Ahora la garganta dista de ser prístina. Han talado árboles y excavado la tierra para levantar casas. Desde el fondo surgen edificios feos en diversas fases de construcción. Blancas antenas parabólicas cuelgan de los muros como percebes. Más allá hay una mega iglesia evangélica a medio construir. De pie en la galería me bebo el té. Vista desde cierto ángulo, la garganta aún puede parecer salvaje, adaptarse a cierta idea de África: ni humos de gasolina, ni rascacielos refulgentes ni autopistas de seis carriles. África como monte y matorral. Hay una agitación en el cielo de la mañana. Nubes oscuras se agrupan y poco a poco desaparecen. La luz traza rayas blancas en el cielo ancho. Termino el té y vuelvo a entrar.

Los corredores de la casa son más grandes que antes. El suelo es amplio y está cubierto de baldosas blancas curiosamente suaves. Es como si en todos estos años me hubiera encogido, o la casa se hubiera dilatado por el calor, expandiéndose unos pocos grados cada mes de mi ausencia hasta alcanzar estas dimensiones. El marco de la puerta es tan ancho y alto que podría pasar una familia de acróbatas en formación. Y de repente allí están, en mi presencia, unos a hombros de otros, los miembros en forma de estrella. Franquean la abertura, la atraviesan.

Por supuesto, la casa está igual. Sólo es más pequeña en mi recuerdo. Es la memoria y los años que median, muchos de los cuales los he pasado en estrechos estudios ingleses y apartamentos estadounidenses, limitaciones que he soportado como un príncipe en el exilio. Ahora, en el fresco interior de esta casa de África, se restablece el verdadero tamaño. Ninguna habitación de una casa como ésta es domeñable por un solo cuerpo. Hasta el cuarto de baño me hace parecer enano. Cruzo una y otra vez la puerta que conecta la sala de estar con el pasillo como si pusiera a prueba el umbral. Y cada vez su generosidad me resulta maravillosa.

Parte de esta historia ya se ha contado: el ancho umbral, los acróbatas. Son episodios de un libro que amo. Episodios, para ser exacto, de un sueño en ese libro. Pero ¿son menos reales para mí porque una vez le ocurrieron a alguien en otra parte? ¿Porque hace veinticinco años fueron registrados en letra de imprenta en el sueño de un gran escritor de regreso en la Sri Lanka de sus ancestros? Ahora esta historia es mía, no suya. Estoy en la casa de mi tía, pero la sustituyo por esa otra casa de historias desaparecidas, la casa de mi infancia derribada. Miro embobado la altura del techo y vuelvo a bajar los ojos, justo a tiempo para ver al acróbata más pequeño recobrar el equilibrio. La estrella humana se ha conservado.

Un signo de la nueva vitalidad de la economía nigeriana, y uno de los más evidentes, es la proliferación de cibercafés. Cuando me marché no había ninguno. Ahora hay varios en cada barrio y solamente en Lagos debe de haber centenares. El cibercafé simboliza una conexión con sucesos de un mundo vasto, el fin del aislamiento de Nigeria. Es una conexión compartida con otros países grandes que intentan sacudirse la pobreza. En este sentido, el acceso a ordenadores es una señal de progreso. Pero mientras que la India emerge como actor en la industria del software y países como China, Indonesia y Tailandia apuestan con éxito por la fabricación, la aportación de Nigeria es mucho más modesta. Por el momento, de hecho, se limita a la repetición de un mismo y creativo abuso de Internet: el fraude del pago anticipado.

Popularmente conocido como «419» por la sección del código penal que contraviene, es un fraude endémico en el país. El solo hecho de que yo haya recibido correos electrónicos con la promesa de una gran participación en un fondo a cambio de un pequeño adelanto me basta para darme una idea del alcance de la estafa. En la prensa de Estados Unidos también he leído sobre víctimas de esta clase de ofertas. Mi perspectiva sobre el 419 cambia a la mañana siguiente de llegar a Lagos. Sucede cuando visito el cibercafé Tomsed, cerca de la parada de autobús de Ojodu, a unos quince minutos a pie desde la casa de mi tía. Tomsed está en el segundo piso de un edificio que ofrece servicios de impresión, telefonía y fax. La sala principal de ordenadores cuenta con luz de fluorescentes y aire acondicionado y alberga veinticuatro máquinas con conexión telefónica a internet. Una hora de conexión cuesta cien naira, unos setenta centavos de dólar. Aun en ausencia de un cuerpo regulatorio, la tarifa es notablemente uniforme en cibercafés de diferentes niveles de la ciudad. De los al menos siete que he acabado visitando, ninguno es significativamente más o menos caro que Tomsed.

La sala está casi llena. La mayoría de los clientes son jóvenes de aspecto parecido: pelo muy corto, caras magras. Llevan camisetas de manga corta y todos están entre los veinte y los cuarenta años. Después de pagarle al dependiente me siento y espero a que cargue la página del explorador. El hombre que tengo a mi lado escribe un mensaje con la técnica de un solo dedo. Pulsa una tecla, busca la siguiente, la pulsa y así sucesivamente. Es la técnica de un solo dedo lo que me llama la atención, pero cuando mi mirada se posa, no del todo por accidente, en el texto, se me corta al aliento. Las palabras que le veo escribir, *transferir, estimado amigo, depositado en su cuenta en su momento*, son una prueba incontrovertible: está enviando una carta 419. He topado con el origen de la mundialmente famosa basura flotante digital.

Siento como si hubiera descubierto la fuente del Nilo o el Níger. El hombre sigue tecleando como una gallina obstinada en limpiar de granos el corral. Sobre él, en la pared, hay un gran cartel amarillo con letras negras de imprenta que advierte:

A NUESTROS CLIENTES:
TOMSED CAFÉ CUENTA AHORA CON
UN PROGRAMA DE SEGUIMIENTO QUE
CONTROLA TODA ACTIVIDAD RELACIONADA
CON LOS 419E INCLUYE EL E-MAIL
CORRESPONDIENTE EN NUESTRAS TERMINALES.
POR TANTO CUALQUIER USUARIO A QUIEN

SE SORPRENDA EN OPERACIONES 419
SERÁ DENUNCIADO LA POLICÍA.
¡QUEDAN AVISADOS!

El hombre conoce los riesgos y sin embargo sigue arrojando la red a lo desconocido, llevado por impulsos consentidos tan frecuentemente que se han vuelto instintivos. Más tarde veo a otros con las mismas miradas furtivas, todos redactando cartas o usando los chats de Yahoo y Microsoft para pescar víctimas. Después de varios incidentes por el estilo, siento que mi escalofrío inicial en Tomsed se trueca en irritación.

Le pregunto a mi primo Muiyiwa qué sabe de esta práctica. Me informa de que el punto neurálgico son las universidades, incluida la del estado de Osun donde él estudia. Para la mayoría de los estudiantes la meta es tener dinero para vivir a lo grande e impresionar en el campus. Al fraude lo llaman «el diecinueve» (abreviatura de 419), y a ellos «los chicos yahoo» o sencillamente «yahoo yahoo». Si bien a menudo trabajan de día, prefieren la noche, cuando en los cafés hay descuentos. Al amparo de la noche, el yahoo yahoo puede trabajar por largo tiempo, a base de café, sin que los censores molesten.

Los yahoo yahoo están en el frente de una guerra propia en las sombras, destrozando el poco de buen nombre que aún le queda a nuestro país. Su éxito depende de la credulidad de los extranjeros, que al parecer todavía abunda. En un sentido, creo, el timador y el timado se merecen uno a otro. Es una suerte de sociedad de humillación mutua. Una vez, mirando a mi derecha en un cibercafé—y pronto la lectura subrepticia se me hace habitual—, veo una carta escrita por el «Presidente del Departamento Nacional de Recursos Petrolíferos». El redactor es un hombre tosco que a todas luces no preside nada. Hay otras cartas, de herederos de magnates inventados, de viudas de barones del petróleo, de representantes legales de generales encarcelados, y son muestras tan innovadoras de relatos de ficción que comprendo que Lagos es una ciudad de Sherezades. Los cuentos se despliegan en iteraciones cada vez más imaginativas y, como en el mito, los que inventan los mejores obtienen copiosas recompensas.

Largas listas de direcciones electrónicas son cortadas de una página y pegadas en otra. Los hombres manipulan las palabras con un entusiasmo y concentración de zahoríes para conducir a los lectores por senderos caprichosos y persuadirlos con una desesperación que apenas disimulan. Arrojan las redes una y otra vez, pues con que caiga una sola presa, con que haya una sola víctima, las muchas horas frente a la pantalla titilante habrán merecido la pena; el riesgo de ser pillado por la policía quedaría justificado. Un adelanto de diez mil dólares puede resolverle la situación a un yahoo yahoo varios meses; muchos apuntan a anticipos muy superiores. El motor de la industria es la codicia, y está tan descentralizado que ningún gobierno podría controlarlo. Todo esto me recuerda un poco a *Los viajes de Gulliver*, que leí de niño en mi escuela de Lagos. En el cuarto y último viaje, Lemuel Gulliver se inclina por la compañía de los equináceos houyhnhmms en perjuicio de una raza de criaturas zafias. A éstos, que para el gusto de Gulliver se parecen demasiado a los humanos, Swift les da el nombre de «yahoos». Es una clara inversión de la sentencia de Marx sobre la historia: los yahoo yahoo han desatado una tendencia que la primera vez se manifiesta como farsa y la segunda, en Nigeria, como una suerte de tragedia.

Las fuerzas del orden nigerianas hacen lo que pueden por combatirlos. Además de los carteles de advertencia, en cada cibercafé hay un soldado o un policía apostado en la entrada. Enfrente de mí, el soldado del Tomsed acaricia la metralleta y bromea con los empleados mientras a mi izquierda varios hombres se afanan en su fraudulento trabajo. Le pregunto a Muiyiwa por los

arrestos y me dice que en realidad es muy común ver a un policía arrastrando a un yahoo yahoo. Se los llevan afuera y, bajo amenaza de cárcel y tortura, pueden exprimirles multas exorbitantes: cincuenta mil naira, digamos, que son más de trescientos dólares. La suma va derecha al bolsillo del agente. Te agarro y te suelto: en eso consiste el programa. Naturalmente, el yahoo yahoo promete que la próxima vez tendrá más cuidado. Busca otro cibercafé y sigue con su trabajo.

Una mañana, una niña entra en el ancho corredor de la casa y me saluda. Estoy afeitándome y no espero visitas. Ella me llama por el nombre y me dice quién es. Aunque nunca nos hemos visto, nos reconocemos enseguida: primos hermanos. Ella nació después de que yo me fuera, es la última hija del menor de los hermanos de mi padre, y hasta hoy cada uno ha sido sólo rumores para el otro. Pero llegamos a entendernos tan rápido que pronto ni me acuerdo de cuando no la conocía. *She moved so easily all I could think of was sunlight* [Se mueve con tal soltura que no puedo pensar más que en la luz del sol].¹ Pasamos horas en el sofá mirando la tele. Ella me enseña todo sobre las últimas películas y las grandes estrellas de la música. Como yo le he traído bombones y una mochila, el intercambio es casi justo. Estoy pasmado por sus silencios y el entusiasmo con que habla, por su oscuridad, su aplomo. La plenitud del niño es la cosa más frágil y poderosa del mundo. La confianza de un niño es la cosa más maravillosa del mundo.

Un mes más tarde, cuando me preparo para partir, dice que me echará de menos. Y sé que yo también la echaré de menos, y con una punzada comprendo que todo lo bueno que deseo para este país lo deseo secretamente por ella. Todo ruego de un futuro mejor, de que el país no se parta, será por el bien de ella.



Mi tía piensa que es una mala idea. Su hermano, tío Bello, coincide. A su marido le es indiferente, pero actúa como si fuese una mala idea. Todo el mundo opina que no debo viajar en *danfo*. El *danfo* es una trampa mortal. Está repleto de practicantes de magia negra y de ladrones. Es bien sabido.

—Pero cuando yo iba a la escuela cogía siempre el *danfo*. A veces hasta usaba el *molue*, que es más grande y más peligroso.

—Eso fue hace mucho tiempo. Pero ya no eres tan duro. Sí, conoces la calle, nadie lo duda. Pero te guste o no, Estados Unidos te ha ablandado.

A tío Tunde, el marido de tía Folake, le divierte que yo quiera viajar en transporte público. Cierto que él lo usa de vez en cuando, pero no está viviendo en Estados Unidos. Para él y su mujer esto confirma mi excentricidad. ¿Por qué no esperar al día siguiente y que me lleve el chofer? Voy tan lejos y el viaje es tan complicado que ni se sabe cuántos problemas podría tener. No entienden que el sentido del ejercicio es justamente estar en el *danfo*, estar en la calle. Y no hay instinto que los ayude a entenderlo, se aferran a lo revoltoso que yo era ya de niño, en los años anteriores a que muriera mi padre.

Cuando me dispongo a salir llega una visita. Es un hombre joven, el marido de la prima de tío Tunde. Mi tía le pregunta si tiene coche. Tiene. En un santiamén lo persuade de llevarme hasta la isla de Lagos. Sé muy bien de qué se trata. Se trata de mantener tensas las líneas de privilegio. Lo hace todo el mundo. Cada cual sabe cómo obtener de las situaciones la mayor comodidad posible, cómo evitar ser «uno de la masa». Es esencial no sólo en cuanto a seguridad sino en términos sociales. Hace más de veinticinco años que tía Folake no sube a un autobús público y, en sus propias palabras, «¡Prefiero no viajar que ir en un trasto de éstos!». Yo estoy a punto de ceder, pero se me antoja que está obcecada y digo:

—Espera. Este muchacho tiene sus planes. Oye, no tendré problemas. ¿Para qué desviar tanto a otro? ¿Así que alguien viene a visitarte y lo usas de chofer?

Mi protesta zanja el asunto. Salgo de la urbanización y en pocos minutos me encuentro en la terminal de autobuses de Ojodu-Berger. Son casi las nueve y media de la mañana y el lugar es un hormiguero. El deseo de mi familia de separarme de la vida de la ciudad es tan fuerte como el mío de conocerla. El *danfo*, empresa de transportes de las masas, es el símbolo perfecto de nuestra disputa. En la parada de autobuses convergen las energías de la vida de Lagos: creativa, malevolente, ambigua. No hay mejor sitio para averiguar qué es lo que añoraba todas las veces en que añoraba el hogar.

El típico *danfo* lagosense es amarillo, decrepito y tiene catorce asientos: dos delante, junto al del chofer, y tres filas de cuatro cada una. Lo lleva un equipo de dos hombres: el chofer y el cobrador, también conocido como chillón. En las paradas finales típicas, como las de Ojota, Yaba, Ikeja u Ojodu, los gritos de los chillones colman el aire. Tienen que llenar los catorce asientos lo más deprisa posible y arrancar hacia su destino. «Jotajota-jotajota»: ése es el que llama para Ojota. «Kejakejakeja. Directo a Kejakeja»: éste el expreso a la parada de Ikeja. La balumba del tráfico congestionado suena como un coro de cantores de sinagoga y subastadores. «Balende-CMS, Balende-CMS, Balende-balende-balende».

Lo del chillón no es un trabajo. Es una forma de estar en el mundo, un destilado de pura actitud: el pecho hinchado, el cuerpo flexible, la mandíbula colocada para que no haya obstáculos. En todo chillón se ve el mismo talante de no estar bromeando, el genio irascible, la tendencia a hacer de cualquier conflicto una pelea. Hay un pavoneo en su paso, una arrogancia. Son los despabilados originales de Lagos, algunos de ellos chicos de catorce años. Por la noche no se van a casa ni dejan de ser chillones. Lo llevan en el alma. Claro que el lagosense corriente tiene que compartir esta actitud. El lenguaje corporal callejero tiene que ser de seguridad lisa y llana. La cara o el paso vacilantes llaman la atención, y la atención es mala. Cuando hay contacto visual, el mensaje para el extraño debe ser inequívoco: «En serio, mejor no te metas conmigo». En estas calles abundan sujetos a la búsqueda de víctimas. Gente con un desarrollado olfato para reconocer la debilidad.

Mi tío Bello, un hombre macizo de algo más de cuarenta años, me contó que una vez lo abordaron en el mercado de Oshodi. Un tipo de mala traza se le acercó en el paso elevado para pedirle dinero. Mi tío lo pensó y le dio doscientos naira. El otro no quedó en absoluto impresionado: «Hombre, no. A mí se me pagan mil».

Tío Bello dijo que estuvo sopesando si arruinarle al tipo el farol o ceder al chantaje. Le dijo que no mintiera. Hizo mal. El sujeto se puso muy agresivo: «¿Cómo que no? ¿Qué te has creído? Mira que te machaco. Te machaco, ¿eh? ¿Ves este puente? ¡Te tiraré desde arriba!».

De pronto a mi tío se le habían limitado las opciones. Sabía que si le daba los mil naira, el matón le limpiaría la billetera. El hombre podía ordenarle que se quitara los pantalones y gateara por el suelo o algo igual de humillante. Por otro lado parecía de veras capaz de asesinar.

El instinto de tío Bello le aconsejó pagarle con la misma moneda. Había vivido mucho tiempo en Europa, en los años ochenta, estudiando administración en Cracovia. De hecho aún hablaba el polaco con fluidez. Pero, como también se había criado en una familia relativamente pobre, desde la infancia había tenido que apañárselas solo, así que conocía el código callejero. Decidió contestarle a los gritos al tipo: «¿Que vas a machacarme? ¿A mí? ¿Pero a ti te falla la vista? Antes de decir una palabra más mírame bien. ¿No te das cuenta? Te voy a hacer daño. Te mato. ¿Te enteras? ¡Te mato! ¿Tú sabes con quién estás hablando? ¿Eh? ¿Me conoces, tío? ¡Dejaré a tu mujer viuda!».

—Desde luego—añadió mi tío con una carcajada—, mientras le soltaba todo esto yo temblaba como un flan.

Pero el tipo se tragó la bola y empezó a rogarle que lo perdonara. Finalmente mi tío le dio doscientos más y se separaron. Habían cambiado de manos unos tres dólares. Los dos vivieron para contarlos. Lagos.

Me abro paso entre la muchedumbre de Ojodu-Berger llevando el móvil y una camarita digital en los bolsillos delanteros del tejano. Echo los hombros atrás, tenso la cara, entorno los ojos. Al principio me cuesta no sobrereactuar, recordar cómo me las arreglaba hace tantos años, pero pronto encuentro el registro. El truco consiste en mostrarse alerta mientras por dentro uno se mantiene tranquilo y observador. Y también hay que estar dispuesto a la violencia cuando se requiera. Estoy decidido a no arrastrarme a cuatro patas como un perro. Soy especialmente consciente de que mi complexión menuda podría convertirme en un blanco fácil.

Localizo fácilmente un autobús de la línea Obalende-CMS. No está ni más ni menos destartado que los otros. Están todos deteriorados, pero son funcionales. Subo y me siento en la última fila estrujado entre dos hombres. Uno lleva una gorra de béisbol azul y tiene un ojo hinchado. El otro es más viejo. Lee un periódico. El bus se llena pronto y todos empezamos a

sudar. Alguien abre una ventanilla y entra una brisa refrescante. En ese momento la veo.



La penúltima en subir al *danfo* en Odoju-Berger es una mujer con una blusa *adire*. Sujeta un libro grande. La sobrecubierta es de color hueso mate. Aunque lo intento, no consigo verle la cara a la mujer. Pero cuando se sienta estiro el cuello para ver el texto impreso en la cubierta y alcanzo a atisbar el nombre del autor. El corazón se me sale por la boca y se agita como una carpa en un cubo: Michael Ondaatje. Fue él quien soñó una vez con acróbatas en un caserón. Y, caray, encontrar una lectora de Ondaatje en estas circunstancias. Es una anomalía y dudo que me hubiera sorprendido más que se hubiera puesto a cantar una melodía de *Des Knaben Wunderhorn*.

Por supuesto que los nigerianos leen. Están los lectores de periódicos, como el caballero que va a mi lado. Son populares las revistas de varias clases, lo mismo que los libros religiosos. Pero ver en un transporte público de Lagos a una adulta leyendo un exigente libro de ficción literaria es más difícil que encontrar una aguja en un pajar. El índice de alfabetización nigeriano es bajo; se estima en el cincuenta y siete por ciento. Pero, aún peor, a muy pocos de los alfabetizados se les inculca la lectura. Encuentro muy pocos lectores, y éstos leen prensa amarilla, novelas rosas de Mills & Boon o manuales que prometen una «vida exitosa» de acuerdo con ciertos principios espirituales. Es un medio hostil para la vida de la mente. Una vez que dejamos atrás el paso elevado de Ojota la congestión de hora punta se aligera. A medida que ganamos velocidad el viaje se vuelve sorprendentemente fresco. Por la ventanilla entra una brisa constante. El hombre del periódico lo dobla y empieza a cabecear. Todo el mundo mira al vacío. La lectora, de quien sólo veo el pañuelo y los hombros, lee.

Mujer misteriosa. El estado del libro, por lo poco que vislumbro, sugiere que es nuevo. ¿Dónde lo habrá comprado? Sólo en alguna de las dos o tres librerías que conozco en la ciudad. Y si lo compró en Lagos, ¿cuánto le ha costado? Sin duda más de lo que cualquier usuario del transporte público de Lagos consideraría razonable. ¿Por qué está ella en el bus, entonces? ¿Porque el dinero no le da para más o porque ella también es una excéntrica? Las preguntas me vienen a la cabeza una tras otra y no puedo desenredarlas. Me muero por conversar con mi copartícipe secreta, de quien, con sólo saber esto, sé muchas cosas.

«¿Qué opina, señora, de las frases laberínticas de Ondaatje, de su prosa sensual? ¿Qué le parece su visualidad intensa? Pero ¿no cuesta concentrarse en una poesía así con el tráfico de Lagos, el ruido de la multitud y el tufo del cuerpo del chillón a su alrededor? Veo a todos los aquí reunidos y en ninguno creo como en usted».

Monologo mentalmente mientras miro la nuca de ella durante todo el viaje. Espero que no se baje antes de que lo haga yo en CMS, para poder saltar con ella, andar a su lado e interrogarla. Para poder decirle, con la mirada loca común a los enajenados por una identificación excesiva: «Tenemos que hablar. Tenemos mucho que decirnos. Déjame explicarte». Sentado en la última fila del *danfo*, me armo de valor. Los lagosenses desconfían de los extraños, y para ganarme la confianza de ella debo decir las palabras correctas. Desde Yaba, por el Puente Continental 3, el bus cruza a la isla de Lagos. A la sombra de los rascacielos, en una piragua, hombres semidesnudos echan redes a la laguna. Trabajo de brazos y hombros. Pienso en el verso de Auden: la poesía nada consigue. El autobús se detiene. Ella se baja en Obalende, con su libro, y

rápidamente se desvanece en la multitud sin libros. Y eso es todo: se ha ido. Se ha ido, pero sigue marcada a fuego en mi mente. Esa mujer, tenue como una imagen tomada con la lente muy abierta.

Bajo el dosel blanco hay sitio para treinta. El programa ya está avanzado cuando al fin llega una de las últimas invitadas. Es una mujer oronda de presencia majestuosa. Mientras la conducen a un asiento cerca de la mesa situada en una tarima, se deshace en sonrisas al ver a mi tía. Mis primos y yo estamos varias filas atrás. No la reconozco.

—Hombre, es la señora Adelaja.

¿La señora Adelaja? Sólo paulatinamente llego a entender quién es. Nunca la he visto pero he oído hablar mucho de ella: durante años fue colega de tía Folake. Habían trabajado en el mismo ministerio y poco después de que yo me fuera la señora Adelaja se hizo amiga íntima de la familia. Muyiwa dice:

—Perdió al marido.

—Ah, sí, creo que lo había oído. Qué triste.

—Sí, pero lo más triste es cómo.

A nuestro alrededor continúan la retórica y los parlamentos de los allegados de los novios. Al otro lado de la tarima, a un micrófono, un familiar de la prometida habla de la pareja. Ella, Alaba, está ausente. Es empleada de banca en Ciudad del Cabo. Su novio Dayo, primo de mis primos, ha venido con los suyos a presentarse a los futuros suegros.

—Fue un atraco a mano armada—dice Muiyiwa—. En 1998.

La piel de la mujer tiene un tibio brillo ocre y cada vez que ríe los ojos lanzan destellos de inteligencia. Desde donde estoy sentado la observo atentamente. Debe de tener unos cincuenta y cinco años.

—Entraron en su casa por la noche, una banda con armas. Despertaron a los padres, a los niños, a los empleados.

—¿Y le pegaron un tiro?

—No.

En los noventa los allanamientos de morada eran extremadamente comunes en Lagos, y todavía se producen, aunque no tan a menudo. Mi familia tuvo dos encuentros con ladrones armados. Una vez, durante una larga estancia mía en casa de tía Folake entraron en la propiedad, pero no pudieron derribar las puertas reforzadas que daban paso a la casa. Nos apretamos todos en el cuarto de baño del dormitorio principal mientras los ladrones aporreaban las puertas macizas hasta casi el amanecer. Sólo entonces, frustrados, se dieron por vencidos y se escabulleron en las sombras. Cuando salió el sol salimos de la barricada y vimos que uno de ellos debía de haberse herido con los vidrios del filo de la valla. A lo largo de los muros de cemento que rodean la casa y llevan a la puerta de entrada encontramos las gotas de sangre que había dejado como pétalos ominosos.

Pocos años más tarde volvieron esos ladrones u otros parecidos. Fue después de que yo me marchara a Estados Unidos. Esa vez entraron. Golpearon a tío Tunde en la cara. Abofetearon a Muiyiwa, que por entonces tenía ocho años. Se llevaron todos los aparatos electrónicos, las joyas y el dinero que había en la casa. A tía Folake aquello le costó muchos años de insomnio. Tío Tunde compró un revólver. No lo disparó nunca, ni siquiera para practicar. Quedó colgado de la pared del dormitorio, oxidándose. Era una presencia misteriosa en el hogar, un objeto de utilería

chejoviana esperando en vano rendir fruto.

—Limpiaron la casa, pero cuando se fueron se llevaron al señor Adelaja a la fuerza.

El maestro de ceremonias suelta una ocurrencia que hace partirse de risa a las dos familias. La de la novia ha elegido para hoy un motivo de color melocotón y todos los tocados son de la misma tela. Al oír las risas Muiyiwa y yo alzamos la vista, la bajamos de nuevo y él sigue con la historia.

—Lo metieron en el maletero de su propio coche y fueron a la casa del vecino. Allí lo sacaron y lo hicieron hablar por el interfono. «Soy el vecino. Por favor, necesito ayuda. ¿Puede abrirme, por favor?». Eran las dos de la mañana. El señor Adelaja era de esos a quienes uno abre la puerta a cualquier hora del día. Un hombre respetable, conocido en el barrio y muy querido. De esa forma los ladrones accedieron a la casa del vecino y se la vaciaron. Luego se lo llevaron a él también, mientras la mujer y las hijas rogaban llorando. Así que ya eran dos en el maletero, y oyeron a los ladrones discutir su estrategia. Los oyeron decir «Hombre, estos tíos nos conocen la cara y la voz. Tendremos que matarlos». Y dieron la vuelta, abrieron el maletero y le pegaron dos tiros al señor Adelaja, uno en el estómago y otro en la cabeza. Al vecino lo dejaron vivo, con la idea de usarlo como cebo para atracar otras casas. Cerraron el maletero. Pero no mucho después se encontraron con un control policial. Despavoridos, saltaron del coche y desaparecieron en el bosque. La policía revisó el coche y en el maletero encontró a dos hombres cubiertos de sangre, uno todavía vivo.

Muiyiwa menea la cabeza. Yo miro otra vez a la señora Adelaja, esa mujer en cuyo resplandor no veo nada que se parezca a la pena ni a la terrible humillación de la historia. Pero esto es lo que esos cabrones le han endilgado para el resto de su vida: el recuerdo del hombre que ama sujeto para siempre a la degradación de una noche. Pienso en cómo se habrían ido a la cama como cualquier otro matrimonio de edad, tal vez con palabras tiernas, tal vez en medio de una riña menor, sin sospechar la violencia que pronto iba a separarlos para siempre. La imagino a ella semanas o meses después con el hermoso rostro desfigurado por el dolor. Y después el paulatino valor de seguir adelante, la fuerza que tuvo que encontrar para ella y sus hijos. Una fortaleza inconcebible. Para mí es un penoso prodigio, en este momento, que siete años después no haya en esa cara ninguna huella, ninguna marca visible.

Bajo el palio blanco la familia de la novia ha empezado a servir bebidas suaves, arroz *jollof* y *moin-moin*. Miro a la familia del novio, mi familia. Los hombres visten gorras *aso oke* púrpura; las mujeres *geles* púrpura brillante. Mi familia, todas aquellas vidas que el tiempo ha alterado inexorablemente. Cada cara en la que poso la mirada me deja mudo. Veo a tía Arionola, la hermana mayor de tío Tunde, cuyo marido se desplomó en un mercado de Ciudad de Benín sin que durante horas nadie se fijase en el cadáver. A dos asientos de ella está el señor Hassan, el amigo jovial de la familia. Es el padrino de mi primo Adebola; el año pasado su esposa murió a los veintisiete en un accidente automovilístico. Y pienso en mí, pienso también en mi pérdida. Qué insustancial se ha vuelto ya el recuerdo de mi padre. Se limita a unos pocos acontecimientos: una fiesta de cumpleaños, un día en la playa, una discusión en la cocina, una tarde, yo limpiando pescado, él revisando apuntes de trabajo en la mesa del comedor. Ni siquiera recuerdo de qué hablamos hasta la noche. Sólo me acuerdo de estar serrando las aletas mientras de tanto en tanto él levantaba los ojos de una pila de informes para decirme algo. A veces trato de fraguar una imagen mental de su cara de aquella noche y fracaso. Sigo teniendo fotos, pero ya no sé cómo era mi padre.

Bajo el palio flota el aroma de la comida. Pasamos platos de arroz con pollo hasta que todos

tenemos uno. Como todos los días, en este de celebración, el pasado invisible:

Y yo, al mirar de nuevo, vi una enseña

[...]

Tan enorme pandilla la seguía

que yo jamás hubiese presumido

que jamás tanta gente muerto había



El pastor Olakunle da zancadas de un lado a otro del escenario. Es todo energía. Se detiene, otea la cámara, levanta la Biblia y ofrece una amplia sonrisa blanca. Respira pesadamente al micrófono: Dios es bueno. Dios es *bueeno*. El pastor Olakunle está impartiendo una enseñanza a los fieles. Es una palabra poderosa que el Señor ha depositado en su corazón, alabado sea el Señor. Dios no os quiere enfermos, Dios no quiere que os muráis. Si creyeráis... Deberíais... Entonces sanaríais, alabado sea el Señor. Nuestro Dios no es un Dios pobre, ni desgraciado. Sus verdaderos seguidores no pueden ser pobres ni desgraciados.

El pastor Olakunle va ataviado con traje de seda. Calza zapatos de excelente cuero italiano; habla con acento estadounidense, como conviene a un hombre próspero, alabado sea el Señor. Olakunle está embriagado de la dicha del Señor. Salta y salta. Algo más, dice, y es algo maravilloso: una vez os guíe la fe, no volveréis a enfermar nunca. Sí, habéis oído bien. Sanar es cosa vuestra, en el poderoso nombre de Jesús.

El pastor Olakunle posee varios Mercedes-Benz. No está claro si vive tan victoriosamente como el pastor Michael, que, como es sabido, tiene un Rolls-Royce y un Learjet, alabado sea el Señor. Pero que, inexplicablemente, también acaba de morir. Los caminos del Señor son inescrutables. De todos modos nuestro Dios no es un Dios pobre y al pastor Olakunle le va muy bien. La Iglesia de la Nueva Generación está llena hasta los topes, alabado sea el Señor, y cuando el pastor entrega la palabra sobre la salud permanente, una mujer alza la mano en señal de reverencia y adoración del nombre del Señor Todopoderoso, se pone en pie, se desmaya.



Cuando me fui de casa, Adebola, el hermano de Muyiwa, era un recién nacido. Ahora está en el segundo curso del bachillerato superior, pensando en ir a la universidad dentro de uno o dos años. Es un chico brillante, está entre los primeros veinte de una clase de más de doscientos cincuenta. Es sensato y educado; estudia en el Colegio Mayflower de Ikenne, en el estado de Ogun. Mayflower, uno de los internados con más renombre, fue fundado por Tai Solarin en 1956. Solarin era un inconformista muy perseguido por las sucesivas juntas militares que han desgobernado el país. Murió en 1994 y muchos nigerianos siguen teniéndolo en la más alta estima; entre otras razones porque, durante la mayor parte de su vida, lideró la campaña por la educación primaria gratuita y obligatoria.

—Tai Solarin era un humanista—dice Adebola.

—Exacto—respondo—. ¿Y tú sabes qué es un humanista?

—Desde luego. Es una persona que no cree en Dios.

—Pues no, Adebola. Ésa no es la definición de *humanista*.

—Tai Solarin fue un humanista. Y Tai Solarin no creía en Dios.

—Las dos cosas son ciertas. Pero ninguna se sigue de la otra. Un humanista es alguien que cree en la humanidad, que celebra la capacidad y el potencial humanos. De allí proviene la palabra *humanidades*. Una persona que no cree en Dios es un ateo.

—Humanista es el que no cree en Dios. Así nos lo dijeron en el colegio.



Al mercado se va para participar en el mundo. Como todo lo que concierne al mundo, estar en el mercado exige cierta prudencia. El mercado—esencia de la ciudad—bulle de posibilidades y peligros. Mutuos desconocidos se encuentran en la infinita variedad del mundo; hay que estar alerta. Todo el mundo acude allí no sólo para comprar o vender sino porque es un deber. Si uno se quedara sentado en su casa, si se negara a ir al mercado, ¿cómo sabría de la existencia de los otros? ¿Cómo sabría de su propia existencia?

Cuando empiezo a hablar en yoruba, el hombre con el que he estado regateando por unas máscaras talladas suelta una risa nerviosa.

—Vaya, *oga*—dice—. No sabía que hablabas el idioma. ¡Te tomé por un *oyinbo* o un *igbo*!

Me exaspero. ¿Qué sutileza de la vestimenta o el lenguaje corporal me ha delatado? Cuando vivía aquí y pasaba por este mismo mercado camino al curso preparatorio para el examen no me pasaban estas cosas.

La parada de autobús de Tejuosho, a tiro de piedra de donde estoy, es una maraña de tráfico, sobre todo *danfos* y *molues*, que uno estaría tentado de describir como el lugar de más densa actividad humana en Lagos, si la calificación no valiese para muchos otros barrios: Ojuelegba, Ikeja, Oshodi, Isolo, Ketu, Ojota.

—Pues ahora que sabes que no soy un turista, ¿puedes hacerme un buen precio, *abi*?

Él menea la cabeza. Busca excusas.

—*Oga*, son tiempos duros. No te estoy cobrando caro.

Todavía sospecha que llevo tanto dinero que no sabré qué hacer con él. Las máscaras son preciosas pero me está pidiendo un precio exorbitante. Dejo la tienda y sigo andando. Me llaman otros vendedores. «*Oga*, jefe, ven aquí que hago buena precio». Otros sencillamente vocean: «*Oyinbo*» ('blanco'). En algunos puestos pequeños hay muchachos sentados en taburetes o alfombrillas de rafia, los brazos y las piernas abiertas. Están matando el tiempo, esperando lo siguiente, en cuerpos diseñados para una actividad más vigorosa. Yo recorro el laberinto de puestos que, como un zoco, es fresco y está abarrotado, y se deleita en una variedad chabacana que se extiende por toda la cavernosa galería de tiendas. Pilas de cubos de plástico flanquean la entrada y luego están las vendedoras de ropa—éstas son mujeres, *alhajas*—que, envueltas en encaje, lanzan miradas apáticas. El pasillo no está bien iluminado. Es como si el mercado al aire libre reclamase para sí lo que fue diseñado como centro comercial cubierto. Éste era mi mercado favorito, por la calma interior. Aquí sólo se mueven la corriente de compradores y las aspas de los ventiladores de pie. Atemperado por el uso, el suelo de cemento es curiosamente suave. Después salgo a la luz y la súbita histeria de cláxones y motores. Seis calles confluyen en este punto y no hay semáforos. El atasco es una norma con raras excepciones. Me dicen que es aquí donde mataron al chico.

Tenía once años. Hace seis semanas robó un bolso en el mercado cubierto. El resto lo adivino antes de que me lo cuenten: lo he visto antes. Al menos, si no todas a la vez, he visto las piezas. Lo observaba en fragmentos sin que me impresionara, como les pasa a los críos con lo que les parece normal. Pero todavía era un niño cuando aprendí a hilvanar las viñetas en una sola historia. El tirón desesperado, los alaridos de ladrón—corrientes por doquier, pero que en un

mercado de Lagos hielan la sangre—seguidos de los chillidos de quienes no vieron al ladrón pero creen en el poder motivador del grito. Un día como éste yo estaba con mi madre en el puesto de *garrí*. No tendría más de siete años. Gritos de ladrón, ladrón. Luego la caza que surge de la textura plácida del mercado, orgánicamente y con una rapidez aterradora, una agitada ola de hombres que se funden en un solo ser. Y luego la captura del criminal—no hay por dónde escapar—, sus negativas y, cuando inevitablemente las negativas fracasan, sus ruegos. No ha rogado mucho cuando ya lo empujan—todo esto lo he visto más de una vez—, lo patean, lo golpean con algo que siempre parece el agravio personal de unos hombres a los que no conoce. Es una violencia íntima, salpicada de insultos. A estas alturas el bolso robado ha vuelto a las manos de la señora, y ella se ha retirado de la escena. Si no se robó nada, nada se devuelve, pero la función no debe interrumpirse.

Alguien me aparta de un empujón. Estoy soñando despierto en el mercado; me he convertido en un blanco, un objetivo. Es una idiotez. Me palpo los bolsillos, me cercioro de que aún tengo la billetera y me abro paso entre la muchedumbre que se ha reunido en la intersección. El tráfico está atascado. He venido a esto, a ver con mis propios ojos dónde ocurrió.

El chico tiene once años, pero toda su vida ha comido mal y parece mucho más pequeño. Lloro. Intenta explicar algo. «Me dijeron que lo hiciera—dice—ese hombre de allí». Apunta. En vano. Un tipo nervudo se adelanta y le da un sopapo. Resulta que no es un bolso; lo acusan de robar un bebé. Todo el mundo sabe que con un bebé robado se puede hacer dinero, literalmente fabricar metálico, en alianza con poderes invisibles. Rápidamente ha surgido—¿de dónde?—un neumático de coche. Al chico le arrancan la ropa, lo tiran al suelo a golpes. En el atasco se ha creado un espacio. Una pandilla de colegialas con uniforme verdiblanco se une a los espectadores. Y un nuevo giro: entre el gentío hay un hombre con una cámara de vídeo. El ojo de la cámara registra el suceso: el cuerpo frágil y desnudo que ahora es como una ramita oscura azotada por el viento. Lo apresan en el neumático. Él está casi inconsciente pero cuando lo rocían con gasolina de pronto revive aterrorizado. Dos policías de tráfico, de esos que llaman Fiebre Amarilla, observan a distancia. El líquido que se vierte es más ligero que el agua, es fragante, resbala por su cuerpo, deja cuentas en el pelo lanudo. El chico reluce. Deja de suplicar. Deja de suplicar y aún no lo han encendido. El blanco brillante de los ojos, como lámparas. Y entonces una cosa más, la última, que se produce de inmediato. El fuego prende con una ráfaga sonora y la turba jadea y retrocede una pulgada. El chico danza furiosamente pero, atrapado en el neumático, pronto cae de frente y se calma. Pasa el momento de mayor vivacidad del fuego y el color se atenúa y se apaga en chisporroteos. Momentáneamente saciada, la multitud se disuelve entre suspiros y charlas. El hombre de la cámara la baja. También él desaparece. Alrededor del montón chamuscado se restablece el tráfico. El aire huele a goma, carne y gases de escape.

En pocos días será como si no hubiera pasado nada. Están los que copiarán la cinta, que circulará y quizá aportará un entretenimiento macabro en las tiendas del mercado, o en comisarías u hogares. Al fin será difundido por el noticiero nacional, para indignación y olvido instantáneo. No encuentro voluntad para buscar la cinta, pero la oigo mencionar aquí y allá. Un pabito, sin nombre, apagado. Y si sólo tenía once años, ¿qué? Un ladrón es un ladrón; el patrón ya encontrará otro chico, uno más sin nombre. El mercado ha visto de todo. Tiene que alimentarse. No altera sus hábitos.

Por mi parte, tengo que encontrar el *danfo* que va a Yaba. Apenas tardo un momento. Desde el otro lado del puente peatonal me atrae la voz del conductor. El vehículo es de los más nuevos. En la ventanilla de atrás hay un adhesivo: LA HORA DE DIOS ES LA MEJOR HORA. Y debajo este

otro: ES UN TIPO EXCELENTE. Subo al bus y abandono el lugar.



En el medio extraño, familiar de esta ciudad el aire está poblado de historias y eso me lleva a pensar en la vida como tejido de relatos. De todos lados vuelan hacia mí narraciones. Todos los que entran en esta casa, cada extraño con quien trabo conversación, tienen una historia fascinante que ofrecer. Los detalles que tan cautivadores encuentro en Gabriel García Márquez están aquí, esperando a su ángel consignador. La gente se sincera en cuanto les sonsacas un poquito. Y esa urdimbre literaria, de vidas llenas de narrativa impredecible, es lo fascinante.

Lo cual tiene un aspecto romántico. Pienso en Vikram Seth, que abandonó los estudios de doctorado en Stanford para escribir *Un buen partido*. Una vida de soledad monacal en la habitación de su casa; las comidas preparadas y anunciadas con un discreto golpe en la puerta. O en Gabriel García Márquez cuando escribía *Cien años de soledad*. Devoción total por la tarea, el apoyo indefectible de su compañera y confianza en sus propias dotes, una confianza que él sabía que al final iba a compartir el público. No permitía que los fantasmas de sus fracasos tempranos obstaculizaran la concepción de su obra.

Una mañana, yendo desde la propiedad de mis tíos adonde Isheri Road desemboca en el puente de la autovía Lagos-Sagamu, presencio una colisión entre dos coches. Inmediatamente ambos conductores apagan el motor, se apean y se lían a golpes. Pelean ferozmente pero sin malicia, como si estuvieran cumpliendo con un ritual antiguo, menos por el derecho de paso que para probar su hombría. Cuando alguien de la concurrencia los separa al fin, a uno de los hombres le sangra la boca.

Vaya, qué maravilla, pienso. Por aquí anda la vida. Estoy rodeado de detalles jugosos. Esto es el paraíso del amante del chisme. Apenas una semana después, veo otra pelea en la misma curva de la calle. A ésta se unen todos los vendedores ambulantes de la zona. Es un pandemonio, pero totalmente normal, y en diez minutos se disipa. Fin de la riña. Todos vuelven a sus asuntos. Es una pésima forma de manejar una sociedad, sí, pero de pronto siento una vaga piedad por todos los escritores que deben ejercer su oficio en soñolientos barrios residenciales estadounidenses y tienen que ocuparse de cosas como el divorcio describiendo cómo friega muy lentamente los platos un personaje. Si John Updike hubiera sido africano habría ganado el Premio Nobel hace veinte años. Estoy seguro de que su material lo coartaba. Shillington, en Pensilvania, no estaba a la altura de sus dotes extravagantes. Y todavía más tristes son los que, sin siquiera un ápice del talento de Updike, tienen que escardar el mismo terreno árido en busca de historias. Aquí, de aridez nada; pero esto no significa que pueda mudarme a Nigeria sin más. Hay cuestiones prácticas que tener en cuenta. Una es el dinero; y mi otro trabajo y el desarrollo profesional. Cuestiones serias para las que hay respuestas. Pero también está la de la tolerancia al medio ambiente. ¿Estoy preparado para la furia que Nigeria puede despertar en mí? ¿Para los conflictos que le puede causar a un «humanista» un lugar como éste? La verdad es que las primeras noches en Lagos disfruto de los cortes de luz. Muyiwa y yo apostamos a si determinado día habrá electricidad o no después de las diez. Pocas veces hay. El televisor se anonada con un destello, de golpe las sombras se tragan la sala y los ventiladores rechinan hasta pararse. Según lo tarde que sea, encendemos el grupo electrógeno o lo dejamos apagado. Casi nunca lo mantenemos en marcha toda la noche.

La electricidad vuelve a las cuatro de la mañana o más tarde. Los ventiladores vuelven a girar como si reanudaran una conversación interrumpida a mitad de una frase. En el pasillo y la sala las lamparillas se avivan con un siseo. Por la noche cuesta lidiar con el calor y hasta que vuelve la electricidad no me duermo. Sólo entonces, cuando el ventilador agita el aire, me sumo en la inconsciencia. Pero al cabo de un par de horas empieza la competencia diaria entre el muecín y los gallos y toda esperanza de seguir durmiendo es fútil. La casa, que en principio era grande, fue dividida en tres apartamentos de buen tamaño. Dos están alquilados a otras familias, un arreglo que complementa los ingresos de mis parientes. Una consecuencia negativa es que ahora hay en la propiedad tres ruidosos generadores a gasóleo. Cuando están los tres encendidos, como ocurre cada noche, siento violentarse mi mente. No experimento el privilegio que es para estas tres familias tener generadores en una ciudad donde hay tantos a oscuras. El ruido y las plumas grises del humo de gasóleo ocupan el primer plano de mis pensamientos: en cuanto se corta la electricidad mi noche está acabada. Los vecinos de abajo ven series cómicas sudafricanas a todo volumen. Cerca como está de los generadores, el estruendo inunda mi habitación. Oírme pensar es imposible. En noches así preferiría sentarme en silencio con una vela, pero no es una decisión que pueda imponer a los otros dieciocho individuos de la propiedad.

Ésta es una de las muchas cuestiones a considerar. Dada la combinación de atascos de tráfico—un problema muy grave en Lagos—y las mil conmociones naturales a que está sometido el nigeriano medio—policía, atracos, funcionarios públicos, Gobierno, ausencia absoluta de servicios sociales, escasas comodidades—, el ambiente está lejos de ser tranquilo. Siento un nuevo respeto por los que logran realizar aquí alguna clase de trabajo creativo. Como los fotógrafos que conocí en una actividad del Instituto Goethe: personas que contra viento y marea mantenían viva su denodada actividad artística. He renovado mi admiración por ellos.

Hay abundancia de historias a mano pero escasez de amparo creativo. Aunque en la casa no hay ordenador, yo había esperado al menos sentarme por la noche en la habitación a escribir un poco. Sin embargo, resulta muy difícil. Ni de día, con tanto que hacer y tanta gente que ver, ni por la noche, con el olor a gasóleo que impregna el aire y el aullido de los tres generadores mezclándose a media distancia con los cantos de las iglesias. Escribir es difícil; leer, imposible. Después de los problemas de un día normal en Lagos para la vasta mayoría, todos están tan exhaustos que prefieren entretenerse con bobadas. Tal es el precio secreto a pagar por la acumulación de tensiones, los viajes de diez minutos que llevan cuarenta y cinco, la falta de lugares donde refugiarse, la confrontación constante con necesidades más humillantes que las propias. Hacia el final del día la mente está agotada, el cuerpo es un harapo. Lo máximo que consigo hacer es tomar algunas fotos. El resto del mes ni leo ni escribo.

Y sin embargo, sin embargo... El lugar ejerce en mí una atracción elemental. Hay un sinfín de cosas fascinantes. La gente habla todo el tiempo e invoca un sentido de la realidad que no es idéntico al mío. Tienen soluciones fantásticas para ciertos problemas desagradables: en esto veo una nobleza de espíritu muy rara en el mundo. Pero también abunda el dolor, no sólo dramático, sino el del desgaste que entrañan las dificultades económicas, que degradan a las personas y se ensañan con sus debilidades hasta que muchos hacen cosas que ellos mismos detestan, hasta reducirlos a sombras de lo que un día fueron. Antes el único problema solían ser los que mandaban. Pero ahora, cuando sales a la calle, es probable que el opresor sea tu conciudadano, alguien cuya moral han erosionado años de sufrimiento y vida al borde de la desesperación. Aquí prolifera la venalidad, y lo más desgarrador es la atmósfera de derrota, de impotencia. Decido que me gusta demasiado mi tranquilidad como para tontear con problemas ajenos. No volveré a

vivir en Lagos. De ninguna manera. No me importa que haya un millón de historias por contar, tampoco me importa si esto es una contribución más a la atmósfera de derrota.

Volveré a vivir en Lagos. Debo hacerlo. Estoy echado boca arriba en la cama, en calzoncillos, soportando el calor húmedo del atardecer. Me he puesto los auriculares y escucho *Giant Steps*, esa sinuosa discusión modal de saxo, batería, bajo y piano que es como una descomposición y recomposición reiterada del mundo audible. Suena a todo volumen, pero los generadores dicen: no, no lo disfrutarás. No tengo derecho a Coltrane aquí; no con todo lo que sucede continuamente. Esto es Lagos. Discrepo, subo el volumen y escucho a la vez la música y el ruido. Ninguno de los dos cede. Del combate entre el arte y la turbulenta realidad no surge ningún sentido.



El Museo Nacional está en Onikan, en el corazón de Lagos. Es una parte de la ciudad que tiene mucho en común con otros desvaídos centros coloniales. La herencia del gobierno extranjero se ve en las iglesias, las construcciones de estilo brasileño, las decrepitas instituciones porticadas que jalonan los meandros de las callejuelas. Junto a ellas resplandecen los edificios modernos que anuncian la isla de Lagos como centro nacional del comercio. Es lo mismo que uno observaría en Bombay, en los alrededores de la Estación Victoria: una combinación de antigüedad prestada y novedad incierta. El museo está en un área de Onikan menos asfixiada, a la sombra del estadio de Tafawa Balewa Square, calle de por medio con la vibrante sede de la Sociedad Musical de Nigeria, al lado del pórtico dórico del flamante centro comercial de la ciudad.

El museo no comparte nada del glamour de esos edificios. Consiste en tres o cuatro construcciones situadas al final de un camino que atraviesa un césped bien cuidado. La mañana de mi visita el lugar está en calma. Un barrendero hace su silenciosa tarea. En la ventanilla de recepción, que da a un vestíbulo, un cartel anuncia que la entrada cuesta cincuenta naira. Una mujer indiferente me envía a la taquilla, que está a cinco metros. Le compro la entrada a otra mujer y, como ni ella ni la recepcionista se muestran muy dispuestas a aclarar dudas, entro en la primera galería. No hay folletos sobre la colección. No se ven libros ni postales en venta. No hay tienda de regalos.

Hacía muchos años que quería venir porque en mi memoria el Museo Nacional es un hito. En todos estos años en Estados Unidos y Europa, mucho de lo que meditaba sobre el patrimonio cultural nigeriano me devolvía mentalmente a Onikan, al recuerdo insustancial de un lugar que sólo había visitado cuando iba a la escuela. Todo el que vive lejos de su hogar tiene algo a lo que aferrarse. En mi caso era el museo, y el significado que le había atribuido a la colección.

Soy el único visitante en las galerías que recorro. Hay un silencio notorio, salvo por la charla de dos vigilantes en una sala y el solitario canturreo de otra en la siguiente. Sentada en un rincón, la mujer canta versos de un himnario como si no estuviera en el trabajo. Me ignora hasta que, al final de una larga hilera de cajas, saco la cámara y capturo una imagen.

—¡No se permite!

—¿Perdón?

—No se permite. Prohibido. Nada de fotos.

Señala el dispositivo infractor, agita la mano y me clava una mirada fulminante. El tono es reprobatorio. Pero la voz cambia no bien retoma el himno y canta con dulzura las glorias de su Señor. La mujer está totalmente desconectada del ambiente. Una cristiana victoriosa entre los ídolos. Su voz flota por las salas. Espacialmente, las salas abarrotadas no se parecen a lo que yo recordaba o me había imaginado; los objetos, metidos en urnas de plástico sucio, están cubiertos de una capa de polvo. Todo el museo tiene un aire de cansancio e improvisación, como un trabajo de bachillerato terminado hace años y que no se ha vuelto a tocar. Pero lo que más decepciona no es la presentación. Es el contenido. Francamente, esperaba encontrar exhibida la gloria de la arqueología y la historia del arte nigerianas. Esperaba ver los mejores bronce de Ife, las magníficas placas y figuras de azófar de Benín, las terracotas nok, las vasijas ceremoniales

igbo ukwu, el arte por el cual Nigeria es justamente admirada en academias y museos de todo el mundo.

No hay nada de eso. Aunque hay ejemplos de cada clase, son pocos, rara vez de la mejor calidad y la documentación es escasa. Sobre la colección entera parece flotar un recelo atroz. Queda claro que los objetos no le importan a nadie. Los vacíos son tan grandes que sólo cabe pensar que han saqueado la colección hace poco. Probablemente las mejores piezas han ido a manos de marchantes de París, Zúrich y otros lugares. Mi experiencia reciente del arte nigeriano en el Metropolitan de Nueva York fue estupenda. Lo mismo me había pasado en el Museo Británico y en el Museum für Volkerkunde de Berlín. Entorno despejado, iluminación cuidadosa y, sobre todo, documentación notable que sitúa las obras en el contexto cultural apropiado. Cada uno de esos lugares había alentado mi deseo de ver este arte asombroso en su esplendor, de verlo en su casa. Londres, Nueva York y Berlín me habían hecho añorar Lagos. Occidente me había aguzado el apetito de arte africano antiguo. Y Lagos resulta ser una decepción tremenda.

Soy consciente de la accidentada historia del coleccionismo de arte africano, de la cantidad de tesoros que las autoridades coloniales despacharon a sus capitales durante el siglo XIX y comienzos del XX. Pero también sé cuán ricos habían sido los museos nigerianos hasta las recientes décadas de los sesenta y setenta, bajo la curaduría de los arqueólogos británicos Frank Wilson y John Wallace. Wilson es una autoridad en arte de Ife y Wallace, un etnógrafo destacado de arte yoruba y riverino. Y después de ellos estuvo el sobresaliente historiador del arte Udo Udo, que fue director del Museo Nacional. Todos ellos, académicos, se cuidaron de documentar y presentar lo que se les había confiado. Pero, como sucedió con muchas instituciones nacionales, bajo los regímenes militares de los ochenta probablemente los museos se convirtieron en sinecuras de quienes consiguiesen ponerse al frente. Recuerdo haber conversado con Wallace en 1999, en la London School of Oriental and African Studies. Amable, erudito, había ido a Nigeria con el servicio colonial británico y había ascendido a la cúspide del antiguo Departamento de Arte y Antigüedades. Me contó que el director del museo de Lagos era tan supersticioso que no tocaba algunos de los objetos a su cuidado. Era *mallam* y temía el poder talismánico de las máscaras y las estatuillas. Según Wallace, muchos objetos acumulaban polvo en el sótano.

Lo que veo no alienta a pensar que en los últimos veinte años haya habido alguna mejora. De la primera serie de galerías salgo a un patio pequeño. En las paredes hay planchas de cartón sobre diversas ceremonias reales de Nigeria y una sobre una expedición arqueológica alemana a Ijebuland, en los ochenta. Están mal impresas, descoloridas por el sol, y en varias partes el moho se ha comido el texto y las fotografías. Los bordes de los cartones se han doblado. Una vez más, la inevitable sensación de estar mirando un viejo trabajo escolar. El patio mismo se alquila a veces para fiestas de cumpleaños o funerales: un amigo me mencionó que el velatorio de su abuela fue aquí. Así que a fin de cuentas los nigerianos vienen al museo, aunque sólo sea para fiestas de fin de semana.

Al entrar en la salita dedicada al arte real de Benín alcanzo a ver a un par de turistas saliendo a la calle. Por el idioma y el porte deben de ser extranjeros; brasileños, pienso. Qué triste viajar desde Río o Bahía en búsqueda de la herencia y encontrarse con esto. Los dos brasileños son los únicos visitantes que veo durante las dos horas que paso allí. En la sala de Benín un empleado se me acerca resueltamente, con cara de gran preocupación, para preguntar si tengo entrada. Le enseño el talón. Sólo quería asegurarme, dice él. Cinco minutos después me aborda otro no menos agitado y pregunta si he sacado la entrada imprescindible para las galerías. Le enseño el

talón. Vale, dice él, sólo quería estar seguro. No termino de entender si están pidiendo una propina. Me alegra no tener ni idea.

Y eso es todo: no hay más galerías. La colección arqueológica es pobre: unas pocas máscaras, unas cestas con cuentas, un puñado de estatuillas. Poca cosa que corte el aliento. Sin duda nada como la magnífica vitrina de plexiglás con exquisitas cabezas de bronce de Ife que yo esperaba encontrar. En 1973 el entonces jefe de Estado, el general Gowon, telefoneó a Udoh Udoh para informarle de que iría al museo a elegir una pieza como regalo para la reina de Inglaterra. En cuanto hubo colgado, el doctor Udoh se apresuró a poner algunas piezas fuera de peligro en el depósito. Pero ¿cómo se esconde un museo entero? A su debido momento llegó Gowon, escogió una hermosa Reina Madre de Benín y se la regaló a Isabel II. Muy razonablemente, la reina de Inglaterra supuso que era una réplica. La puso en un estante de la Biblioteca Real. El verdadero valor de la pieza no se descubrió hasta 2002, cuando se sacó de allí para la muestra del jubileo. El hecho de que se confirmase su autenticidad—John Wallace ayudó a detectarla—debilitó la demanda del gobierno nigeriano de que se retornaran numerosas placas de Benín en poder del Museo Británico. Curiosamente, aquella cabeza de Reina Madre de Benín había sido arrebatada por los británicos en 1897, durante la «expedición punitiva», y devuelta sólo en los cincuenta como contribución a la apertura del Museo Nacional nigeriano. Ya había cruzado el océano dos veces cuando el general, en gratitud por el apoyo británico a la causa federal durante la guerra de Biafra, la volvió a regalar. Pero esta vez los británicos no tenían la menor intención de devolverla.

La pobreza de lo que se ofrece me desorienta tanto que voy a la recepción y, como Oliver Twist, pregunto si hay más. Tal vez hay una segunda planta que no he visto o algo así. La pregunta parece irritar enormemente a la mujer; sospecho que cualquier pregunta la irritaría. Apunta al costado del edificio, a una suerte de tinglado. La construcción, en cuya puerta un cartel anuncia EXPOSICIÓN TEMPORAL, es un apéndice del museo dedicado únicamente a la historia de los gobernantes de Nigeria desde 1914, cuando se amalgamaron los protectorados del Norte y el Sur, hasta el presente. Yo pensaba que ya había pasado por la experiencia más descorazonadora del día, pero no, se me han reservado más castigos. El tinglado, circular, alberga el artículo más famoso del museo: el Mercedes-Benz rociado de balas en el cual fue asesinado el general Murtala Mohammed durante el fallido golpe de Estado de febrero de 1976. Este coche es lo único que la mayoría de los escolares lagosenses recordarán del Museo Nacional. Aparte del vehículo acribillado, brillante, la exhibición no consiste más que en una serie de paneles con textos sobre la historia de Nigeria y fotos de los protagonistas. No hay objetos ni documentos. Los paneles, de cartón grueso como los del patio, son de lo más rudimentario y también han sucumbido al moho. Las fotos muestran a Aminu Kano, Obafemi Awolowo, Nnamdi Azikiwe, Tafawa Balewa y otros. El primero de los textos históricos colgados dice lo siguiente: «A comienzos del siglo XIX los esfuerzos de varios abolicionistas pusieron fin gradualmente a la repulsiva práctica de la esclavitud».

Así de profundo. El comercio atlántico de esclavos, que entrañó la venta, tortura y asesinato de cientos de miles de nuestros compatriotas, fue una «práctica repulsiva». Sin duda este texto tibio lo escribió un funcionario colonial, probablemente hace pocas décadas, pero alguien lo deja colgado ahí año tras año como respuesta nigeriana a la esclavitud. A medida que leo las placas dedicadas a los distintos regímenes se me cae el alma a los pies. Se enumeran los presuntos logros de cada gobernante militar. El registro histórico—insisto, esto es el Museo Nacional—es servil, inexacto, acrítico y desesperantemente obsoleto, como si a cada dictador se le hubiera

enviado un impreso a llenar con sus «logros» y el contenido se hubiera dejado tal cual. No sé cómo dar sentido a lo que estoy viendo. Es como si se pensase que es bueno tener un Museo Nacional pero nadie tuviera interés ni capacidad para presentarlo apropiadamente. A juzgar por instituciones como ésta, la historia, que en otros países es la manzana de la discordia, en Nigeria todavía no ha penetrado en la conciencia pública.

Cerca del final de la galería circular estaban clavados los relatos sobre los tres regímenes más recientes. Es imposible que a partir de ese museo alguien se forme una opinión positiva de Nigeria. Lo peor de los carniceros que arrasaron el país es celebrado sin excepciones. Ahí está Abacha con sus gafas negras o Babangida con su sonrisa burlona. La secuencia de las placas da la impresión de que la historia de la Nigeria posterior a la independencia es un continuo ordenado; no hay el menor análisis de los golpes y contragolpes que fueron más la regla que la excepción en los cambios de régimen. ¿Cuáles son, me pregunto, las consecuencias sociales de vivir en un país que no sabe qué hacer con su historia? Me viene a la mente la brusca réplica que un personaje de *Hombres armados*, la película de John Sayles, da a la pregunta de un turista: «¿Atrocidades? No. Aquí no se cometieron atrocidades. Eso pasa en otros países».

Cuando salgo del tinglado la mujer de la recepción está volcada sobre la mesa, profundamente dormida. Es la una de la tarde. Dejo el museo con la moral baja y no me recupero hasta que entro en un *buka* para comer puré de ñame y sopa de *egusi*.

Pocas cosas pueden contrastar más con el Museo Nacional que el Centro Muson, que visito esa tarde. El Muson fue fundado en los ochenta y desde entonces ha sido fundamental para la vida musical y teatral del país. El complejo del Muson—acrónimo de Musical Society of Nigeria—está bien organizado y cuenta con tres edificios principales. Uno alberga un auditorio y sala de conciertos de primer nivel, el segundo, un conservatorio y, entre los dos, en un parque prístino, hay un restaurante exclusivo llamado La Scala. Todo sugiere que aquí se ha invertido la energía creativa que tan dolorosamente falta en el Museo Nacional. Y está claro que lo que sucede en el Muson interesa a los adinerados. En el aparcamiento, coches y todoterrenos fardones resplandecen en largas hileras: Lexus, BMW, Mercedes-Benz, Audi. Pero el complejo no está diseñado como una fortaleza, y uno percibe que está hecho para auténticos entusiastas de la música, que no es un mero patio de juegos para ricos y gente bien relacionada. Aunque no me trae ningún asunto oficial, entro sin problemas.

Enfrente del auditorio grandes carteles anuncian espectáculos recientes y próximos: una gala de Navidad, una velada coral, otra de recaudación de fondos para entidades de lucha contra el cáncer. Hay un folleto para un concierto de jazz del trompetista sudafricano Hugh Masekela en compañía de Lagbaja, el más innovador de los grupos musicales de la actualidad. La cultura, al menos en este rincón de la ciudad, parece estar viva y en forma.

Lo mejor del Muson es lo bien organizado que está. Mejor, la verdad sea dicha, que lo que he llegado a esperar de Nigeria. Sin embargo se trata en gran medida de una empresa privada. Tal vez ése sea el secreto. Saben cuánto importa la presentación: las instalaciones están impecables. Veo varios jardineros pacientemente ocupados en plantar palmeras en miniatura en macetas. Y el Muson también conoce el valor de administrar una organización sin ánimo de lucro con corporaciones: el auditorio lleva el nombre de la petrolera Agip y la sala de conciertos se llama Shell Hall. Otra patrocinadora es la asesora financiera Accenture.

Como gran chapucero que es, al gobierno nigeriano se lo mantiene lejos. La mera existencia del conservatorio me sorprende. Es un placer que esté tan bien montado. En cuanto entro se me ocurre que, en términos de instalaciones e infraestructura, un día podrá codearse con la Juilliard School del Conservatorio de Nueva Inglaterra. La idea me da un orgullo irracional. Fuera del edificio, un cartel informa: ESCUELA DE MÚSICA MUSON. FUNDADA EL 13 DE FEBRERO DE 1989. PROPORCIONA FORMACIÓN EN LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA DE LA MÚSICA. Y debajo, en letra pequeña: «Clases individuales de canto, violín, piano, flauta, clarinete, trompeta, violonchelo y guitarra clásica para todas las edades. Los exámenes de teoría y práctica se llevan a cabo en varios centros de Nigeria en los meses de mayo y noviembre». Esto es literalmente música para mis oídos. Clases de violonchelo en Lagos. Me imagino a una niña con talento adentrándose en las suites de Bach, ensayando tarde tras tarde a pesar del calor y el distante ruido del tráfico, hasta dominar el espíritu interior de la música y ser capaz de estremecer al público.

Me acerco a la recepción, donde encuentro a un joven rollizo con bigotito. Sentado detrás de un mostrador metálico, está hablándole a una mujer también joven. Ella es flexible, de piel oscura, y lleva gafas. Él me indica con un gesto que tome asiento. Luego se levanta lenta y ceremoniosamente, va hasta el otro lado de la sala y vuelve despacio con un periódico. Se sienta

de nuevo, abre el periódico y, señalando una columna, le dice a la muchacha:

—Aquí está lo que decía. ¿No te parece interesante?

Le pasa el periódico, mira intencionadamente al vacío y, como se ha quedado sin nada que hacer, al fin se vuelve hacia mí.

—¿En qué puedo ayudarle?

Me preguntaba, le digo, si él podría informarme sobre algunos aspectos del conservatorio.

—¿Qué le gustaría saber?

—Pues, por ejemplo, cuándo se creó la escuela, qué cursos ofrece, el precio de las matrículas, el nivel de la enseñanza.

Asiente, pensativo, vuelve a levantarse y anda hasta el armario. Saca una pila de papeles.

—Estos trípticos le proporcionarán algunos detalles. La escuela se fundó en 1989 y en los últimos años hemos crecido mucho.

—¿Cómo se financia?

—Con las matrículas y donaciones privadas. —Y añade con jovialidad—: Alguien rico como usted mismo puede dar un millón de naira, ¿sabe? Así de sencillo.

Hace un ademán fugaz con la mano. Yo me vuelvo hacia la joven y le pregunto si es estudiante. Ella me dice que estudia en el programa vocal; es soprano. Me parece algo estirada. Le pregunto en qué música está especializada.

—Pues, ya sabes, clásica, jazz y demás. La semana que viene canto con la Orquesta Muson en el concierto para recaudar fondos.

—¿Quiénes forman la orquesta?

—La mayoría son profesores de la escuela.

Tiene un aire desconcertado, de pájaro. Pero la conversación con ella termina allí. Se sienta y me mira hablar con el recepcionista, que dice:

—Según lo que quiera, puede tener un profesor de aquí o extranjero.

Arqueo una ceja:

—¿Qué diferencia hay?

—El precio. Los extranjeros cuestan mucho más.

Busco las tarifas en el folleto que me ha dado. Es verdad. Una nota amarga. Lo que están diciendo es que incluso un profesor nigeriano que haya estudiado en, pongamos, el Instituto Peabody de la Royal Academy cobrará menos que un profesor de piano blanco.

—Pero lo más importante, lo que más recalamos a los estudiantes, es que deben tener el instrumento que quieren aprender a tocar. Aunque en esto procuramos ser muy claros, todavía hay personas que se confunden. El que quiere aprender piano debe tener un piano en casa. Si quiere aprender violonchelo, ha de tener uno. Sea cual sea el instrumento, flauta, trompeta, hay que tenerlo.

—¿Y la voz?

Suelta una risita. Han puesto el listón muy alto. Ni siquiera en Occidente es fácil tener un piano. En Nigeria es prohibitivo salvo para los más ricos. Sin embargo entiendo de inmediato lo complicado que sería crear un sistema de alquiler en Nigeria, un país no muy habituado al crédito y donde la mayoría de las cosas se siguen pagando en metálico, incluidos los coches y las casas. Por otro lado, no se podría obligar a los alumnos a ir a la escuela cuatro o cinco días a la semana, el mínimo necesario para dominar un instrumento. Visto cómo es el transporte, sería pesadísimo. Lo cual significa que, por el momento, sólo los nigerianos más pudientes y más dedicados tienen acceso a la instrucción musical seria.

De todos modos más vale esto que nada. A medida que crezcan la demanda y el suministro se irán ajustando los precios. Habrá más equidad, como ya sucede en los bachilleratos privados. El conservatorio Muson representa un gran salto adelante: cuando yo estudiaba en el instituto no había nada así. No descubrí mi pasión por la música hasta que viví en Estados Unidos. Tal vez una nueva generación de nigerianos no tenga que cruzar el océano para interesarse por ella.

La escuela y la programación de las salas me dan una gran alegría. En la misma medida en que lugares como el Museo Nacional matan el deseo de vivir aquí, instituciones como el Centro Muson lo reavivan. Para un pueblo es importante tener algo propio, algo de lo cual enorgullecerse, e instituciones como ésta tienen una hueste de adeptos y donantes. Al mismo tiempo es vital contar con un foro significativo de interacción con el mundo. Para que se pueda montar una obra de Molière en Lagos y una de Soyinka en Londres. Para que quienes viven en un rincón del mundo que consideran únicamente suyo ocupen el sitio que les corresponde en la cultura universal.

El arte puede lograrlo. La literatura, la música, las artes visuales, el teatro, el cine. Los signos vitales más convincentes que veo en Nigeria se relacionan con la práctica de las artes. Y es así. Cada vez que vuelvo a Lagos y me convengo de que he entrado sin percatarme en una región infernal, surge algo que me da esperanzas. Una lectora, una orquesta, la amistad de unos pocos que nadan con fuerza a contracorriente.



Una noche entra un hombre en la sala. Viene derecho hacia mí y me envuelve en un fuerte abrazo. Los rasgos empiezan a encajar lentamente, pero cuando sonrío ya lo he resuelto. No es ningún extraño. Es Rotimi, mi amigo de la infancia.

—Mira quién hay aquí.

—¿Cómo diablos estás?

—¿Qué ha sido de tu vida?

—No me quejo. Lidiando con este país, y el país lidiando conmigo, no hace falta que te explique.

—Hombre, no parece grave. Se te ve bien. Ven aquí, chiflado.

Nos damos otro abrazo. En el marco aterciopelado de la cara, los ojos le relumbran como gemas. Ha pasado tanto tiempo que me cuesta creer que es él. Y sin embargo es él: esta sonrisa inconfundible sólo puede ser la suya. La misma de cuando era un niño tímido de cinco años. Rotimi me cuenta que está haciendo la residencia de médico. Sabe que yo hago la de psiquiatría. Permanecemos un rato allí de pie, mirándonos atónitos, como intentando reconciliar la imagen de los niños que fuimos con la de los hombres que somos. Ha sentado cabeza, es un hombre de honor. Camisa púrpura, corbata plateada. Muy tranquilo. Cojo dos cervezas de la cocina. Luego nos sentamos a hablar. Tenemos que ponernos al día tras quince años.

—Cómo me alegra verte—dice él.

—Yo también estoy feliz. Pero cuéntame, hombre: ¿qué panorama hay aquí? ¿Cómo está la medicina en Naija?

—No es coser y cantar, colega. Nada fácil.

—Sí, lo dice todo el mundo. Pero a los médicos les va mejor que a otros, ¿no?

Se afloja la corbata y se reclina. Qué rápido nos atrapa el tiempo. El chico reticente que conocí cuando yo también era un crío... ahora es este hombre que descansa al final de la jornada. Le miro las manos. En esas manos hay un conocimiento nuevo.

—¿Qué tal los casos?

—Los casos son interesantes, ¿sabes? Hay una gran variedad. Como es un hospital privado, se cuidan de mantenerlo provisto de drogas y equipamiento. De todos modos estoy pensando en dedicarme a la pediatría.

—Eso está muy bien.

—Debería. En realidad con los críos no hay problema; lo difícil son los padres, eso es lo más duro de la pediatría. Pero, en fin, por un tiempo todavía haré medicina general.

—Sí, yo el año pasado hice las últimas prácticas de medicina interna. Una parte de mí lo echará de menos. Pero me va mucho mejor la «cura por la palabra».

En la sala empieza a oscurecer, aunque el cielo aún tiene un color de cobre bruñido. Enciendo las luces. Las noches de Lagos caen de improviso: a las siete menos cuarto el último resplandor del día, y quince minutos después como boca de lobo. A lo lejos flota el llamado a la oración.

—¿Buena paga?

—La verdad, no. Para arreglármelas vivo con mis padres. Pero no es lo mejor.

—¿De cuánto estamos hablando? ¿Cien?

—Más bien setenta.

Suelto un silbido. Setenta mil naira al mes para un médico de hospital privado. No me esperaba que fuese tan poco. Eso equivale a quinientos dólares al mes, una ridiculez. Y no es que estén en relación con el costo de la vida, porque en Lagos un televisor cuesta lo mismo que en cualquier parte. Así es la realidad de una economía que depende casi totalmente de las importaciones. Un coche usado saldrá por diez mil dólares, igual que en Estados Unidos, y un libro de bolsillo cuesta catorce. Mientras tanto el alquiler no es barato, y aunque los salarios han subido, el ritmo no alcanza el de la inflación. Para el nigeriano corriente es difícil llevar una vida de clase media. Y hasta los profesionales o los bien formados con ingresos por encima de lo normal tienen que luchar. Para la franja de quince o veinte mil naira al mes la existencia es un infierno. Ciento cuarenta dólares al mes son una miseria en cualquier lugar del mundo.

—¿Setenta? Pero, entonces, ¿quién se lleva la pasta? Antes los médicos solían ser personas acomodadas. Jo, ¿no fue por eso que nuestros padres nos empujaron a estudiar medicina?

—Pues sí, pero ya no es así. Hoy, en este país, para ser un ricacho más te vale trabajar en telecomunicaciones. O, mejor todavía, en el petróleo. Ahí está la pasta. Tengo viejos compañeros de escuela que después de graduarse fueron derecho a por puestos en los que te pagan trescientos, incluso cuatrocientos cincuenta. Los empleados de banca también ganan bien, unos doscientos, y más en los bancos mercantiles. Pero si quieres que te diga la verdad, vivir en Nigeria es duro. Para la mayoría, durísimo. Todos pensamos en irnos. A Estados Unidos, a Londres, a Trinidad. Adonde sea.

Se estira más en el sofá. Parece agotado. Lo que dice de la economía es cierto. Los negocios del petróleo y el gas se llevan beneficios espeluznantes, el uso del móvil se ha extendido mucho y en el sector bancario hay un movimiento frenético. En los periódicos las fusiones y absorciones son frecuentes. A esto se limita el boom. Es alentador si se tiene en cuenta que con el comercio crece el empleo, que la economía está activa y se satisfacen ciertas necesidades de las personas. No es el mismo estancamiento que en la mala época de comienzos y mitad de los noventa, pero ahora hay diferencias más graves en los ingresos, aun entre personas de formación comparable. Escasean los incentivos para dedicarse a profesiones no rentables. El consumo entre los que pueden permitírselo es ostentoso.

Bebemos. Hay mucho de que hablar, y poco, como pasa entre amigos que han pasado años sin verse. Le pregunto si el viaje desde la isla ha sido largo.

—Hombre, sí, muy largo. ¿Por qué? ¿Tan cansado me ves? Tienes que llegar a Lagos para pasar el puente a tiempo. Si sales tarde, los cuarenta minutos pueden convertirse fácilmente en dos horas. A veces más.

—Vaya locura. Pero al menos tendrás aire acondicionado.

—¡No me hagas reír! Ni lo sueñes.

Menea la cabeza. Nos miramos. Y justo en ese momento se corta la luz y los dos desaparecemos.

Rotimi me acompaña a la cámara del grupo electrógeno. Entre los muros de cemento tiznados descubrimos que apenas queda gasóleo para una hora de electricidad. Después, oscuridad hasta el amanecer. Le digo que lo siento. ¿Pero a qué vienen las disculpas?, pregunta él. Vive en Lagos, está acostumbrado a los cortes. Luego me ofrece llevarme hasta una gasolinera. No hay modo de disuadirlo.

A oscuras la mente divaga más a sus anchas que con luz. No es extraño, pues, que al salir de la casa a oscuras a la oscuridad del exterior me encuentre pensando de golpe qué pasaría si habitara otro cuerpo y tuviera un destino diferente. A todos se nos ocurren cosas así, quizá una noche de verano, de pie en una galería frente a un lago, mientras en la casa nuestros amigos están de fiesta, o paseando solos a las tres de la mañana. Instantes de gran aislamiento. Y está esa otra idea: ¿y si esta noche cambiara todo? ¿Y si explotara el generador? Un color nocturno va embebiendo la mente.

El asiento trasero del coche de Rotimi, un viejo Toyota, está lleno de papeles y libros de medicina, algunos para exámenes en el extranjero. Pongo un bidón grande en el maletero. En la estación Ojodu-Berger enlazamos con la autopista Lagos-Sagamu en dirección a Lagos. A los diez minutos salimos en Ogba y vamos a la gasolinera más cercana, pero no tienen gasóleo. Recorremos el barrio y en otras tres pasa más o menos lo mismo. O están cerradas o no tienen gasóleo. Media ciudad funciona con generadores y Nigeria es uno de los mayores productores mundiales de crudo. La escasez es absurda.

Por fin volvemos a la autopista y enfilamos en la otra dirección. En unos cinco minutos encontramos gasóleo. Me impresiona cómo le habla Rotimi a la mujer del surtidor. Usa un registro coloquial que anula las diferencias sociales. El inequívoco mensaje es que la necesitamos, que está en su poder ayudarnos. Según un cartel, el gasóleo está a setenta y siete naira el litro. Le digo que queremos dos mil quinientos naira y llena cuidadosamente el bidón hasta que el surtidor indica veinticinco litros exactos. Le doy las gracias y pago con dos billetes de mil y uno de quinientos. Cuando salimos de nuevo a la autopista Rotimi ríe y dice:

—Te has dado cuenta, ¿no?

—Pues no. ¿De qué?

—¿Cuánto has pagado?

—Veinticinco. Es lo que quería y lo que marcó la máquina. Descuida, hombre, que estoy atento.

—Vale, sí, pero ¿leíste el precio en el letrero?

—Claro. Setenta y siete.

—¿Y tu bidón qué capacidad tiene? Veinticinco litros, *abi be ko*?

—Tío, no sé adónde quieres llegar.

—¡Y tú estás atento! Haz el cálculo, *omo*.

Así que lo hago. Veinticinco por setenta y cinco sólo da mil novecientos veinticinco. Jesús, nos ha timado en casi seiscientos naira, así de fácil. Rotimi vuelve a reír.

—No te agobies, hombre—dice—. Es lo que hay.

—Maldito país.

Por alguna razón, ver publicitado en el surtidor el precio por litro y luego los números en el contador me hizo pensar que el trato era limpio y oficial.

—No había nada que hacer. Las cosas son así, ella tiene que llevarse su parte. Nos ahorra el problema de la propina.

Ríe una vez más. Yo estoy un poco molesto, pero no me queda sino maravillarme de lo descarado que es todo. Así que también sonrío, y vuelvo a maldecir. Corremos por la autopista, con el parpadeo de las luces rojas adelante y los faros blancos de los coches que avanzan relampagueando a nuestra izquierda. Cuando nos acercamos a Isheri digo lo que toda la tarde me ha pesado en la mente.

—Rotimi, ¿cómo lidiaste con la, quiero decir, cómo superaste la muerte de Sola?

Lo silenciado. No lo he visto desde que ocurrió, en 1993. Desde finales de los setenta y la mayor parte de los ochenta estuvimos muy unidos. La madre de ellos y mi padre habían ido a la escuela juntos y cuando en tres años nos tuvieron a nosotros, tres varones, nuestra amistad se dio naturalmente. Allí están pues los Bamgbose niños en fotos tempranas, mi fiesta de cinco años, la de tres de Sola, la de diez años de otro. Sola, el menor de los tres, era el enano, el objeto de todas las burlas, un niño revoltoso y feliz. Estaban siempre conmigo, mientras las fotos pasaban del blanco y negro a los colores lavados de las polaroids, con las pajaritas y las camisas con volantes con que nuestras madres nos vestían para los cumpleaños. Las luces nocturnas de Lagos interrumpen a intervalos la oscuridad del coche, como si pasáramos por escáneres. La cara de Rotimi cobra esa expresión defensiva, distante, que conozco tan bien. Pero en cuanto empieza a hablar queda claro que quiere abrirse.

—Fue muy difícil. Estábamos en el mismo curso, ¿te acuerdas?, pese a la diferencia de edad.

—En realidad nunca supe exactamente qué pasó. Un accidente en el internado de Abeokuta, ¿no?

—Sí, estábamos en primero del bachillerato superior. Yo acababa de cumplir quince y Sola tenía catorce. Siempre era uno de los más pequeños de la clase. Un amigo suyo, un alumno externo, había llevado al colegio un coche para impresionar a los internos. Lo que por supuesto no estaba permitido. Y no sé cómo, el coche se paró, tuvo alguna avería. Así que el chico aquel se sube al coche y los demás, que son tres, se ponen a empujarlo. Al fin el coche arranca y los tres dejan de empujar y en plan broma se suben al maletero. Pero el del coche no los ve; sencillamente acelera y se aleja.

Salimos de la autopista y dejamos el coche en la congestionada estación de buses que hay cerca de la urbanización. Rotimi habla con calma, pero cada palabra lleva aún el peso del hecho. Son alrededor de las nueve. Los *danfos* siguen activos, los conductores siguen chillando, pero ya no hay tantos como hace una hora.

—Los tres chicos cayeron del coche. Dos no se hicieron ni un raspón. Pero Sola dio con la cabeza contra el pavimento.

—Dios mío.

—Y aquella noche fue rara, ¿sabes? Nadie podía contarme lo que había pasado. Lo sabían todos menos yo. Estaba en el comedor y los chicos me ofrecían sus sitios, me servían raciones más grandes que de costumbre. No era normal. Yo me daba cuenta de que algo ocurría. Al final un monitor me llevó aparte y me dijo que mi hermano había tenido un accidente y lo habían llevado al Hospital Clínico de la ciudad. Y, por supuesto, a la mañana siguiente vinieron a recogerme mis padres.

—¿Y cuándo te dijeron que había muerto?

—Sólo cuando llegamos a casa. Era irreal, ¿sabes? A veces sigue siendo irreal que Sola muriese así. Que de pronto no estuviera más. Me quedé totalmente solo. Y aquél fue mi último curso en Abeokuta. Al semestre siguiente me trasladaron a un colegio de día en Lagos.

Aparcamos fuera del complejo y Rotimi apaga el motor. Nos quedamos sentados. No se oye más que el sonido de los generadores de los vecinos.

—A decir verdad, mi madre casi se vuelve loca. El primer año hubo mucho silencio en la casa. Fue increíblemente duro. Para cada uno de un modo distinto.

—Me lo imagino. ¿Y ahora?

—Estamos bien. En general. Ellos me sobreprotegen, claro, pero lo entiendo. Aunque no quiero pasarme de cauto, debo pensar en ellos y obligarme a tener cuidado, al menos por ellos. Una vez les conté que había montado en moto y mi padre casi me da un cachete. Y, ¿sabes?, tenía razón.

Nos reímos. Yo saco el gasóleo del maletero y me limpio las manos con un trapo.

—Amigo, muchas gracias por todas estas vueltas.

—Pamplinas. Ni lo menciones. No sabes cómo me alegra verte. Demasiado tiempo, maldita sea.

—Lo he pasado muy bien, colega. Estemos en contacto, ¿de acuerdo? Avísame si puedo ayudarte en algo. Sobre todo con los exámenes de licencia médica estadounidenses. No lo dudes, envíame los impresos por correo electrónico, lo que sea. Yo estoy en un programa pequeño, pero en Nueva York siempre hay oportunidades.

—Claro que sí.

Sonríe y me abraza como si estuviera consolándome él a mí. Se sube al coche y arranca sin dejar de hacerme adiós con la mano. Y como es de noche mi mente sigue rastreando alternativas.



El terreno donde estoy es sobre todo de tierra, aunque con manchas dispersas de hierba seca. A la sombra de un almendro de la India hay tres hombres sentados. Uno de ellos, un joven con gorra celeste, es tuerto. No sé por qué, no paro de pensar que el ojo ciego me observa. Hace calor y nadie habla. Delante, cerca del muro que demarca el campo, pasta una cabra negra. La hierba es tan corta y tan escasa que la cabra dobla las patas delanteras y come inclinada. Masca de un área, se vuelve sobre las rodillas y come de otra. Con la cabeza agachada y el trasero alzado, su silueta neta contra el muro blanquecino, parece un avión a punto de aterrizar.

Es el terreno de una escuela pero está tranquilo porque todos se han ido de vacaciones de Navidad. Estamos esperando un contenedor. A finales de los ochenta mi tía construyó una escuela en las afueras de Lagos. Se gasta todo el dinero en proveerla de recursos para que pueda competir con muchas otras escuelas primarias privadas de la ciudad. En octubre, el hermano de tío Tunde hizo llenar un contenedor mediano y mandarlo de Chicago a Lagos. El envío contiene libros, efectos personales y un coche. El coche es un Honda Civic con tres años de antigüedad. Es uno de los turismos de cuatro puertas más baratos del mercado estadounidense, pero para Nigeria es un muy buen coche. El contenedor sólo llegó a Apapa en la tercera semana de diciembre. Pero el campo donde esperamos no es de la escuela de mi tía. Es de una escuela más antigua perteneciente a un amigo de la familia, el señor Wuraola. Han decidido no transportar el contenedor a través de toda Lagos, sino descargarlo en el campo del señor Wuraola en Surulere y llevar las cosas a Ojodu en furgonetas escolares. El motivo es evitar llamar innecesariamente la atención de las chabolas del barrio, donde la aparición súbita de un contenedor podría invitar al robo.

Hay una palabra en yoruba: *tokunbo*. Es el término para los artículos importados de segunda mano que inundan el mercado de Nigeria. Significa ‘de ultramar’. También es un nombre propio yoruba que se pone a los nacidos en el extranjero antes de traerlos de nuevo a casa. Éste es el uso principal de la palabra, pero el otro, como adjetivo, se ha vuelto corriente. Coches *tokunbo*, ropa *tokunbo*, dispositivos electrónicos *tokunbo*. Una palabra que antes denotaba mundanidad ahora tiene una connotación levemente peyorativa. Dado que en Nigeria no hay mucho desarrollo industrial, la importación de mercancías usadas es vital para la economía. Pero además de los artículos para el mercado, ha habido un aumento abrupto de las importaciones que hacen los ciudadanos para uso personal.

La espera en el campo de Surulere no es sino una más de una larga serie de demoras. Ya se han gastado cientos de dólares en sobornos e impuestos extraoficiales. El día anterior, en el puerto, soportamos la bronca de un oficial de aduanas furioso porque su colega no lo había incluido en arreglo. Y el contenedor lleva dos semanas de retraso. Dos semanas y cuatro horas. Entonces llega. He aquí a Godot, dice mi tío. Godot viene montado en un remolque que lo ha traído desde Apapa por autopistas y calles serpenteantes. El remolque entra en el terreno. La cabra negra deja de pastar y levanta la vista. Se pone en pie y sale por el portón principal. No volvemos a verla. Los que están debajo del almendro se levantan de la duermevera. Enseguida se abre el contenedor y nos ponemos a descargarlo. Empezamos por las cajas más pequeñas, trabajando en cadena para colocarlas en furgonetas. Muchas contienen manuales escolares de varios cursos;

otras, cosas de uso diario como lavavajillas, arroz vaporizado y lamparillas. Tía Folake y el señor Wuraola supervisan. Con la camiseta roja metida dentro del pantalón caqui, el señor Wuraola parece un típico estadounidense de mediana edad.

Cuando hemos bajado la mitad de las cajas, el conductor del remolque y su ayudante instalan un cabrestante y una rampa. Uno de los choferes escolares se sube al Civic y muy despacio lo baja del contenedor al terreno. El coche reluce: comparado con los que han sufrido las calles de Lagos parece nuevo. Es entonces cuando aparecen. Son tres. Ya desde lejos es evidente que tenemos problemas. Paramos de acomodar cajas. Dos de los choferes se apresuran a encontrarse con ellos al otro lado del campo para evitar que se nos acerquen. El señor Wuraola se vuelve hacia sus empleados:

—¿Cómo han entrado?—dice—. ¿Cómo han entrado?

Todos nos miramos. Las manos nos cuelgan flojas a los costados.

—Pero ¿qué quieren?—dice tía Folake.

El señor Wuraola dice:

—¿Cómo han entrado? Os dije que cerrarais el portón.

—Estaba cerrado, señor—dice uno de los choferes—, pero no con llave. Deben de haber conseguido meter la mano, correr el cerrojo y sacar el candado.

Esos tres miran hacia nosotros y empiezan a dejar atrás a los que han salido a su encuentro. A tiro de oreja se paran y uno alza la voz:

—*Eyin ti l'owo, awa naa gbodo l'owo*. Vosotros os habéis hecho ricos y nosotros también tenemos que hacernos ricos.

Jóvenes pandilleros, desempleados de los barrios de Lagos, tienen fama de cobrarse multas y «confiscar» mercancía. Operan en bandas y rinden cuentas a un padrino. En la ciudad hay muchísimos y están al margen de las leyes y la decencia humanas. También es sabido que de vez en cuando la policía mata a un buen número y deposita los cadáveres en la laguna. Todos los lagosenses tienen historias sobre las pandillas territoriales. Se sabe muy bien que en Lagos nadie puede ganar unas elecciones sin su apoyo. En voz baja, el señor Wuraola le dice a mi tía:

—Sólo buscan dinero. Siguen los contenedores desde Apapa hasta donde vayan y luego piden comisión. Ya me lo hicieron con un cargamento que traje el año pasado.

Dinero a cambio de nada. El tío Tunde está furioso y también empieza a pasearse cerca del Civic. Los hombres enviados a apaciguar a los pandilleros vuelven hacia nosotros.

—Les hemos dado quinientos, señor. Pero piden más. Dicen que quieren quince mil.

Más de quinientos dólares por nada más que cruzar el portón. Mi tía no tiene la menor intención de pagar; ya gastó demasiado en liberar el cargamento. Su amigo está de acuerdo. Y de todos modos nadie lleva encima esa cantidad. Los pandilleros nos ven deliberando. Empiezan a gritar.

—¿Y si os hubiéramos sacado de la carretera? No tenéis idea. ¡Os podríamos haber matado!

—Tenéis suerte de que estemos aquí. ¿Tanto es pedirnos que compartáis la riqueza? De aquí no se va nadie hasta que se nos compense. ¿Me oís? ¿Me oís? No se va nadie. Haremos lo que haga falta.

—Venga. Abrimos las cajas y cogemos nuestra parte. Nos hacemos ricos hoy mismo. Hasta podemos llevarnos el coche. ¡Es un coche estupendo! O no nos lo llevamos pero le rompemos el parabrisas.

No abrimos la boca. Ellos se acercan más. Tienen los ojos inyectados en sangre, sacan pecho. Se respira tensión en el ambiente; tensión entre nuestro silencio perplejo y su total falta de

inhibición. Déjalos abrir unas cajas, murmura mi tía, enfadada; quizá les encanten los libros. Contando sólo los hombres, prácticamente los triplicamos en número. Y los pandilleros no imponen precisamente por su estatura. Pero eso no cambia nada. Están preparados para herir o matar si se les antoja, mientras que nosotros somos personas corrientes con el instinto de supervivencia normal. Tío Tunde le dice al señor Wuraola:

—¿Puedo llamar a la policía? Tengo teléfono. Llamemos.

—No sirve de nada. Vendrán, sí, pero ellos nos pedirán treinta mil. Tendremos que pagar el doble. Pero descuida. Éstos no pueden hacer nada. Es puro alarde.

Yo no estoy tan seguro. Los chicos se pavonean. Siguen gritando. Los choferes, desesperados por calmarlos, les dan otros quinientos naira. Los cogen pero renuevan la demanda de quince de los grandes. La tensión crece minuto a minuto. Pasa un cuarto de hora. Los chicos ya no gritan pero deambulan por el terreno echando miradas a las cajas y el Civic. Por alguna razón no se nos acercan. Simplemente trazan a nuestro alrededor un semicírculo por cuyo perímetro van y vienen. Algo en su forma de moverse recuerda a las hienas rondando a un cadáver.

Nosotros estamos inquietos. Sentada en una de las furgonetas, mi tía apoya la cabeza en las manos y silenciosamente se echa a llorar. Yo me siento como un diapasón que vibra por una desconocida pulsión de violencia. No hay adónde escapar y no tengo el menor deseo de hacerlo. No aguanto más la violación, el capricho, el ambiente de desesperación. Si atacan, me digo, les parto el cuello. Me considero pacifista, pero ahora quiero sangre, herir, incluso que me hieran. Enloquecido por la situación y por la necesidad de que acabe, ya no me conozco.

Y entonces, tan de repente como han aparecido, se van. Nos miran blandiendo los puños, dan media vuelta y se alejan hacia el portón. El cielo se oscurece deprisa sobre Surulere. Mi tío dice:

—¿Volverán? ¿No nos estarán esperando fuera?

—No te inquietes—dice el señor Wuraola—. Amenazas huera. Pero, mira, lo más sensato sería dejar el coche aquí esta noche. En el garaje del colegio estará seguro. En unos días volvéis a buscarlo. No nos molestarán de nuevo. Le sacarán un peaje al chofer del remolque, pero no mucho. Él sabe que es parte de sus gastos.

Todos duplicamos el ritmo de trabajo para cargar lo que falta. Nadie puede evitar el temor de que en el camino atraquen una de las cuatro furgonetas. Acordamos marchar en caravana a poca distancia unos de otros. Mis tíos suben a una furgoneta y yo a otra. Estoy triste. Aquí se vive demasiado al filo del peligro para mí. Es un impuesto demasiado oneroso a la propiedad privada.

Cae la noche. La caravana sale de la escuela. Mientras atravesamos Surulere rumbo a Western Avenue, cada conductor atisba nerviosamente a derecha e izquierda. En Ikorodu Road el tráfico se hace más denso y nos perdemos de vista unos a otros. La furgoneta donde voy yo elige una mala ruta; atasco total en Anthony y luego en Allen Avenue. Siento la sed de pelea dormida en mis venas como una serpiente. Llegamos a Ojodu dos horas después que los demás.

«No se puede decir en voz alta, pero aquí hay un montón de violencia reprimida. Por eso los interiores parecen tan pesados. Y por eso es tan difícil ver lo otro presente: una mancha de sol que se mueve por las paredes y se desliza por el bosque inconsciente de rostros titilantes, un proverbio bíblico nunca asentado: “Ven a mí, porque estoy tan lleno de contradicciones como tú”».

Por un momento finjo que estas líneas de Tomas Tranströmer fueron escritas pensando en Nigeria. No cuesta nada entender por qué valen para nuestra situación. Las contradicciones de las que él habla son las de la poesía, la voz que dice: quizá sea esto, quizá aquello, quizá otra cosa. Pero en una atmósfera en que se ha borrado el pasado, las contradicciones están prohibidas. La sala de estar tipo del nigeriano de clase media es un espacio oscuro: revestimientos pesados como anclas y un velo de cortinas gruesas que proscriben la luz. Nunca se abren las ventanas; los muebles deben ser inamovibles. Éstas son las reglas. ¿Qué lugar es éste? Una cifra encerrada en un enigma.

Es más de media mañana de un miércoles. Vagabundeo por la Lagos antigua. A primera hora ha caído un chaparrón breve, repentino, la única lluvia que he visto en estas semanas de harmatán de mi viaje. Cuando ha empezado el aguacero el ritmo de las calles congestionadas se ha avivado; la gente corría de un lugar a otro. Sea cual sea la estación, la lluvia en Lagos toma a todos por sorpresa. Ahora ha vuelto el bochorno. En la arteria central de la intersección CMS, siempre repleta de cuerpos humanos en rápido movimiento, hago una conexión mental pesada e imprevista: la gemela secreta que tiene esta ciudad a miles de kilómetros de distancia. Pienso en la cadena de cadáveres que cruza el Atlántico uniendo Lagos con Nueva Orleans. Nueva Orleans fue el mayor mercado de esclavos del Nuevo Mundo. En 1850 había en la ciudad veinte puntos de venta diferentes. A esos mercados iban los compradores a pujar por mujeres y hombres negros que habían sobrevivido a la travesía, pero ahora esa historia está literalmente sumergida. De hecho ya estaba sumergida mucho antes de la inundación reciente; el pasado esclavista de la ciudad ahogado ya en bebida, jazz y Mardi Gras. Pasárselo en grande: la mejor cura para la historia. El cargamento humano que terminaba en Nueva Orleans provenía de muchos puertos, la mayoría de ellos de la costa oeste de África. Y he aquí otro secreto: ninguno de esos puertos era más activo que Lagos.

Las fratricidas guerras yorubas del siglo XVIII y comienzos del XIX fueron un gran estímulo para el tráfico transatlántico de seres humanos. Había constantes escaramuzas entre los ijebus, los egbas, los ekitis, los oyos, los ibadaus y muchos otros grupos yorubas. Puede incluso que, a medida que los grupos más numerosos se expandían y consolidaban su poder, los más pequeños fueran barridos de la historia. Los vencidos fueron llevados del interior a la costa y vendidos a gentes de Lagos y de comunidades de la red de lagunas que se extiende hacia el oeste de Ouidah. Y éstas a su vez organizaron las subastas donde ingleses, portugueses y españoles compraban los esclavos con que llenaban sus barracones y barcos. Algunas de aquellas guerras intertribales se llevaron a cabo con el expreso fin de proveer de esclavos a los traficantes. A treinta y cinco libras británicas el macho adulto sano, era un negocio lucrativo.

Los barcos de esclavos navegaron las desembocaduras del delta del Níger, la amplia red de

afluentes que se extiende entre Lagos y Calabar, durante un período de trescientos años. Al contrario que en Elmina—en Ghana—o en la isla de Gorea—en Senegal—, aquí no necesitaban fuertes, porque las aguas tranquilas del delta permitían atracar durante semanas, meses o todo lo que llevara llenar el barco de cuerpos. Y a causa de esta peculiaridad geográfica han quedado pocas pruebas o ninguna de ese arreglo amargo y prolongado. Para los turistas aquí hay poco que ver. Según un memorándum adjunto al informe presentado en 1848 a la Cámara de los Comunes por la Comisión sobre Comercio de Esclavos, el tráfico desde África se estimaba entonces en decenas de miles de individuos al año, un número mucho mayor que en los siglos precedentes. Entre 1835 y 1840 alcanzó un pico anual de ciento treinta y cinco mil. En aquel momento, a lo largo del delta del Níger se cargaban varios cientos de barcos cada año. Y esto a pesar de la prohibición de traficar que Gran Bretaña había decretado en 1808 y de la presencia de naves del país en aguas del Níger. En su *Historia de Nigeria*, Alan Burns afirma que los barcos españoles, portugueses y brasileños solían navegar bajo bandera estadounidense hasta quedar fuera del alcance de la flota británica. En Lagos esta historia no existe. No hay monumento alguno a la gran herida. No hay un día en que se rememore, ningún museo conmemorativo. Hay, en Badagri, un par de casas que exhiben cadenas y grilletes, pero aparte de eso, nada. «El pasado nunca muere, ni siquiera es pasado», dijo Faulkner. Pero en Lagos dormimos sin soñar; el sueño de los inocentes.

En estas cosas pienso mientras visito la famosa librería CMS (ahora llamada CSS) de la isla de Lagos. En el soportal del edificio en donde está veo a una pandilla callejera deteniendo a los motoristas para sacarles dinero. A los que se resisten los maltratan. Antes, calle arriba, he visto hacer lo mismo a la policía. Extorsión policial, como se afirma que hay en Nueva Orleans. Nuestro pecado compartido. En el soportal alguien ha extendido libros en el suelo y es como si la librería se hubiese desbordado. Hay a la venta un ejemplar de la *Historia de los yorubas desde los primeros tiempos hasta el comienzo del Protectorado Británico* de Samuel Johnson, pero los casi tres mil naira me parecen excesivos. Pese a su nombre, este Samuel Johnson era yoruba. Fue pacifista activo, pastor de la Iglesia anglicana y un gran historiador. Escribió su obra maestra en 1897. Hasta la fecha no existe ninguna obra de un historiador yoruba que tenga una dimensión comparable.

El interior de la tienda me resulta vagamente familiar porque la visitaba en mis tiempos de estudiante, cuando era la librería más importante de la ciudad. Venía con mi madre cada vez que no podía encontrar algo en la librería universitaria de Akoka o la Abiola, de Yaba. No recuerdo que la oferta fuese tan limitada como ahora: los libros a la venta se restringen a unas pocas categorías. Muchos volúmenes están llenos de polvo y tienen los bordes dañados. Hay manuales de básica y de secundaria y muchos títulos sobre programación informática, contabilidad y derecho. La sección más grande está dedicada a libros «edificantes» y cristianos. Estoy recorriendo las estanterías cuando entra una mujer y bruscamente le pregunta al dependiente dónde puede encontrar Biblias. La dirigen a una sección bien provista, la única del local donde hay más de un cliente. Los títulos de los libros son reiteraciones de unos pocos temas: cómo descubrir el plan de Dios para tu vida, cómo vivir una vida sana, rica y victoriosa según los preceptos de la Iglesia pentecostal.

El estante dedicado a la ficción general es pequeño. Aparte de unos ejemplares maltrechos de obras de Shakespeare y de Soyinka, no hay más que un puñado de novelas recientes, entre ellas *La flor púrpura* de Ngozi Adichie y *Todo lo bueno llegará* de Sefi Atta. Ambas son primeras novelas de mujeres jóvenes nigerianas que viven en Estados Unidos y muy probablemente están

aquí porque tienen detrás un editor nigeriano joven y enérgico. También hay un ejemplar, uno solo, del ubicuo libro de Dan Brown. Veo una pila de libros de James Hadley Chase, un imitador menor de Ian Fleming que en mi adolescencia era inexplicablemente popular en Nigeria y al parecer lo sigue siendo. Pero ¿dónde están los escritores nigerianos que viven en el país? ¿Dónde está la narrativa internacional? Seguro que la lectora que vi en el *danfo* no había comprado el libro aquí. Los poetas también brillan por su ausencia.

Al fondo del local hay un mostrador de información. Me acerco con la idea de hacer algunas preguntas. Pero detrás sólo hay una mujer desplomada sobre el tablero como un gran mamífero abatido de un solo tiro. No está muerta, claro; sólo duerme, como la que vi en el museo. Un ventilador de pie sacude lentamente la gran cabeza de izquierda a derecha a izquierda. La cubre de brisas. Lo que estoy buscando, eso que Tranströmer describió como una mancha de sol en movimiento, está en algún lugar de la ciudad. Pero no es fácil encontrarla; no en este lugar donde uno tiene que olvidar el ayer.

¿Por qué aquí la historia no es controvertida? No se ve esa disputa por las palabras, esa batalla por las versiones que marca la vida creativa de una sociedad. ¿Dónde están las voces contradictorias? Salgo de la tienda al resplandor del mediodía. Me rodea el bosque maquinal de rostros parpadeantes. Los jóvenes pandilleros siguen trabajando en firme pero supongo que pronto pararán para almorzar. El pasado ni siquiera es pasado.



Me fui sin dar explicaciones. Fue una partida súbita, y para mi familia una auténtica sorpresa. El único que podía intuir mis planes era uno de los primos de mi padre, que me había prestado dinero para el billete. Acababa de regresar de la escuela del NMS, la secundaria militar donde había estudiado seis años. Después del semestre final inventé una excusa para demorarme mientras ponía el proyecto en marcha. Cinco años antes había observado a mi padre desde el umbral de su habitación en nuestra casa de Ikeja y le había visto morir en la cama, consumido de tuberculosis.

La muerte de mi padre nos distanció definitivamente a mi madre y a mí. Desde entonces me refugié en las privaciones de la vida en el internado. Mejor estar allí con esos militarcitos malcriados que en una casa grande, silenciosa, con mi madre y su pena opresiva. En aquellos años nuestra relación, que nunca había sido buena, había empeorado mucho. Yo pasaba largas vacaciones con mis tíos y tías, y al empezar el curso final de la secundaria ya sabía que debía dejar Nigeria. En agosto de 1992, cuando le escribí desde Nueva York, ella me contestó. Era una carta llena de alarma y de preguntas. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Cuándo pensaba volver? ¿Por qué actuaba sin pensar en las consecuencias? La leí una vez y la rompí. No le contesté nunca. Necesitaba retomar mi vida solo y a mi manera. Y desde entonces el límite de nuestra comunicación ha sido ése, un contrato de silencio que aún ahora me sorprende ser capaz de cumplir. Casi igual de mala ha sido la comunicación con los que se quedaron aquí, no por rencor sino por la necesidad de cortar por lo sano. También estaban las presiones por rehacer mi vida en un lugar nuevo. Tío Tunde escribió contando que mi madre se había ido de Nigeria no mucho después que yo; a California. Me enviaba información para encontrarla si yo quería. Desde que estoy en Estados Unidos sólo he vivido en la costa este y el medio oeste: Nueva York, Wisconsin y desde hace varios años Nueva York de nuevo. Por lo que sé, ella sigue en la costa oeste. No vamos a encontrarnos por casualidad.

Si algo me sorprende por encima de todo en este viaje de regreso es lo superfluo que es para mí el recuerdo de ella, cuán innecesario se me ha vuelto incluso visitar lugares donde estuvimos juntos o a personas que nos conocían a los dos. La gente ha aprendido a no preguntar. En esto consiste ser un extraño, en marcharse y que no quede un vacío. Mi madre era aquí una extraña. Después de dieciocho años no dejó ningún vacío, como si nunca hubiera estado. Y yo, sin padre, también soy como un huérfano de madre, aun cuando son su rostro y su color pálido los que me devuelven la mirada desde cada foto y cada superficie en que me refleje. Recorro toda Lagos, y una vez hasta la carretera entre Unilag y la parada de autobús de Yaba, pero no puedo volver al lugar, en esa carretera, donde está enterrado mi padre, en el cementerio Atan.

En diciembre, la estación seca, la ciudad se ahoga en polvo. Pero, un viernes por la mañana de la tercera semana del mes, inesperadamente cae un diluvio. Es un alivio. Donde había pozos aparecen súbitos lagos. Raudos arroyuelos corren por los caminos. Lluve durante una intensa media hora justo cuando acabo de salir.

En Allen Avenue, a través de la gasa gris de las ventanas cerradas, veo un enjambre de camisas verde lima y pantalones amarillos, blusas verde lima y faldas amarillas: estudiantes sorprendidos por la lluvia que corren a refugiarse. Excitados por el tiempo y la carrera esos adolescentes se

rien, pero el aguacero y el tamborileo en el techo del coche me impiden oírlos. Conduzco despacio por este sueño de cuerpos en movimiento.

La lluvia se interrumpe tan repentinamente como ha empezado. La ciudad está en calma y devastada como siempre después de un chaparrón. Las calles están despejadas, se ha renovado el aire y sólo tengo que evitar unos charcos a la salida de Ikorodu Road. Voy de camino a casa de una vieja amiga. La llamaré Amina. Ya es una mujer de mi edad, pero la última vez que la vi era una chica y yo un muchacho y acabábamos de dejar atrás el momento del primer amor. Aquel amor nuestro, que duró unos meses, ha permanecido en mí todos estos años como uno de los pocos recuerdos dulces de la ciudad. Hace poco volvimos a encontrarnos a través del correo electrónico. No hablamos del pasado, pero ahora voy a visitarla.

Cerca de Akoka, en una carretera que conozco bien, un policía me hace señas de que frene. Flaco, con uniforme negro y mirada hambrienta, se acerca al coche. Camina como un hombre mucho más corpulento, con pasos amplios y calculados. Su compañero, flaco como él, no sale del refugio rudimentario donde está sentado algo apartado del camino: un banco, cuatro postes de madera, techo de hojalata. Un escondite de francotirador.

—Buenas tardes agente.

—¿Sabe por qué lo he parado?

Su seguridad me alarma. No, digo sin alterarme, no lo sé.

—¿Qué dice ese cartel?

Apunta a un cartel que hay detrás de los dos. El poste que lo sostiene está inclinado y el cartel mismo tapado en parte por un árbol.

—Dios mío. No lo he visto. Antes esto no era de sentido único. Ha de ser una señal nueva.

Por supuesto, la han disimulado adrede. Es un timo.

—Sentido único de aquí hasta el final. Hasta la entrada de la universidad.

—No lo sabía. Lo siento. No lo sabía.

Suelta una risita. Lo tiene bien ensayado.

—Más lo siento yo.

—No he visto la señal. No lo sabía.

—La señal no está para los que saben, *oga*. Está para los que no saben. Mala suerte la suya. Pero si el cartel está ahí es para usted. Tiene que acompañarnos a la comisaría.

Estamos perdiendo el tiempo. Yo no quiero dejar pasar toda la tarde para terminar pagando una «multa» que irá al bolsillo de alguien. Al fin deja caer qué es lo que quiere, o mejor dicho me obliga a explicitarlo.

—Bien, agente, ¿y qué hacemos entonces? ¿Mil quinientos, tal vez, para que pueda usted comer algo?

Su primera oferta es de cinco mil naira. Me las arreglo para disimular el disgusto y regateando llegamos a dos mil quinientos. Le doy el dinero y enciendo el motor. Hay que conocer la ley, dice. Sea usted quien sea. Todos somos iguales ante la ley.

Clavo los ojos en la carretera. Siento la cara encenderse de furia.

Amina ha salido a recibirme en la calle. Está igual: delgada, con algo de niña y mejillas regordetas. Suele llevar el pelo a lo afro, pero hoy se ha hecho una trenza. Veo que tiene una mano mutilada (un accidente cuando cocinaba) y no se esfuerza en ocultarlo. Tres dedos, dos muñones. Doy marcha atrás por la entrada del edificio de dos plantas. Es una casa de clase

media: un apartamento en la planta baja con dos o tres habitaciones, imagino, y la pintura exterior en parte agrisada. De varias ventanas sobresalen aparatos de aire acondicionado y de algún lugar llega el ronroneo de un par de generadores. En la entrada hay un hombre que debe de ser el marido. Lleva en brazos un niño pequeño dormido.

—Mi esposo Henry. Mi hija Rekia. Pasa, por favor, pasa.

La sala de Amina tiene gruesas cortinas rojas del techo al suelo y una atmósfera sosegada. El interior ha dado seriedad a la actitud y el cuerpo de ella. Noto las bolsas debajo de los ojos, un leve sarpullido de calor en las mejillas y los bultos donde estuvieron el dedo medio y el anular. Una columna blanca de luz diurna entra por la rendija entre las cortinas. La conversación es educada. Henry es un hombre amable, estrecho de hombros, que empieza a echar panza. En el televisor de pantalla plana, encendido y mudo, se ve un drama de Nollywood.

Él es empleado de banca; las mañanas de los viernes las tiene libres. Amina acaba de dejar la banca y está buscando otra cosa. Dice que disfruta de poder estar con su hija, pero en la respuesta hay algo de diligente. Les pregunto por el viaje hasta el trabajo y si planean tener más hijos. Ellos no me preguntan mucho sobre mí. Me preguntan si quiero comer y digo que no. Imagino lo que Amina le ha contado sobre mí: el primer corazón que rompió (o quizá fue al revés). Esto sería diferente si estuviera a solas con ella, sin el extraño que nada sabe de nuestras conversaciones, nuestras cartas (trabajada cursiva en papel perfumado; ¿dónde están ahora?), nuestras escapadas del colegio, nuestros primeros, temerosos momentos en la cama, la vergüenza y el deleite después. Y luego hacerlo una y otra vez, a la menor oportunidad, arrebatados por un apetito incomparable.

Las pausas duran demasiado. Hay una tensión de sala de espera y me pregunto por qué he venido, por qué he elegido otra vez recuperar lo imposible. Les cuento mi encuentro con el policía, procurando moderar el enfado.

—¿Te das cuenta de lo que es vivir en este país?—dice ella, y se ríe—. Pero has pagado de más. Con mil naira habría bastado.

Concentro el oído en esa risa. No llego a conciliarla del todo con lo que recuerdo. No sé si se ha enronquecido o hay otra diferencia. ¿Queda en cada reacción suya alguna huella del día en que el robot de cocina le pilló la mano? Un amigo me contó que hubo una subida de tensión. Algo había resbalado, o ella había metido la mano en el aparato. Las hojas chirriaron y ella perdió un montón de sangre.

Me he distraído pensando en esto cuando Henry me pregunta algo.

—¿Perdón?

—Digo si crees que podrías volver.

—Ah, quién sabe. Tendría que ganar lo suficiente. Deberían encajar varias cosas. Para los que trabajan en la banca es más fácil que para los médicos. Aquí tenemos buenos bancos y malos hospitales.

Otra pausa. Fuera, el tráfico. Generadores. Son muchas vidas y muchos años y relativamente pocos momentos en que la comprensión auténtica hace posible que dos historias individuales confluyan.

Ni una vez Amina tiene problemas para manejar cosas. Es ella la que me da el vaso de agua con una mano derecha que lo coge como una garra. Para escribir (pero esto sólo lo he oído) usa la izquierda. Tuvo que aprender de nuevo con una mano distinta de la que usaba para escribirme.

En la tele, la cámara hace un zoom a un hombre con los ojos muy abiertos, corta y se acerca a otro; están trabados en un combate de miradas. Por fin la niña se despierta. Hola, Rekia, le digo. Ella me rehúye.

Amina dice:

—¿O sea que te ha pasado por la mente volver?

—Me ha pasado por la mente.

Es la respuesta que he oído dar a otros. Pasarán muchas semanas hasta que llueva de nuevo. Al marcharme seco el retrovisor para ver mejor cómo hacen adiós con la mano. Están los tres muy juntos, pequeños como en un medallón de la Sagrada Familia.



Huyo de mi familia y salgo solo a la ciudad para observar sus muchos humores: el letargo a primera hora de la mañana, el estrépito del atardecer, las silenciosas noches sin luz rasgadas por el ruido de los generadores. Sólo en este vagabundeo sin rumbo me encuentro de veras en la ciudad. Pasan los días. Al contrario de lo que había pensado, no hurgo en mi infancia; no visito a mis compañeros de escuela ni busco a otros amigos de entonces.

Una tarde, pocos días antes de Navidad, andando por Allen Avenue sin un destino en particular, topo con el letrero de una tienda de discos. Sigo las flechas y entro en un local pequeño en la parte de atrás de un edificio. He aquí al fin algo que satisface los gustos de la minoría. En los muchos tenderetes de discos de la calle no se encuentra más que música nigeriana y de artistas estadounidenses y caribeños: hip-hop, dance, reguetón. El interior, cubierto de vitrinas y espejos, es una versión en miniatura de la escenografía de la lucha final de Bruce Lee en *Operación Dragón*. En las vitrinas hay una colección de música muy decente. Están los empalagosos artistas de *smooth jazz*, pero también los gigantes: Miles Davis, Thelonius Monk, Sonny Rollins y muchos otros. También están bien representados aventureros modernos como Brad Mehldau o Vijay Iyer. Lo mismo que las paredes, el techo es de espejo. Combinados con la iluminación fluorescente, los reflejos tienen el efecto peculiar de hacer la habitación no más grande sino más reducida y extraña, como si uno estuviera metido en una de esas cámaras oscuras que gozaban de tanta popularidad entre los primeros pulidores de lentes holandeses.

Cuando entro hay una mujer y un hombre hablando en el mostrador de la caja. Ella trabaja en un libro de cuentas. Doy una vuelta y una vez he tomado nota de lo que tienen pregunto los precios.

—Vaya, lo siento pero nada de esto se vende.

—¿Cómo dice?

—Los cedés no están en venta. A menos que quiera pagar tres mil quinientos por cada uno.

Estoy confundido. Una tienda de discos con discos que no están en venta. A menos que los compre a veinticinco dólares, una cifra absurda. En Estados Unidos ninguno de estos discos me costaría más de quince dólares, y algunas de las reediciones bastante menos. ¿Qué me estará queriendo decir?

—Pero si ve algo que le guste, señor, podemos hacerle una copia. Eso rige para cualquier disco de la tienda y cuesta mil naira. Pero los originales no se venden.

Un negocio legal con un letrero en una de las calles más comerciales de la ciudad, proveedor de una clientela exigente, que vive de la piratería. ¿Saben que aquí hay un problema? ¿O atender a la sofisticación es suficiente para no preocuparse por las leyes que defienden la creatividad? A la semana siguiente voy a una tienda llamada Jazzhole que está en Awolowo Road, en Ikoyi. Y allí por fin me siento en un ambiente inspirado y amigable. El dueño es uno de esa estirpe rara pero tenaz de innovadores culturales nigerianos. La presentación es excepcional, tan buena como la de muchas librerías occidentales: cerca de la espaciosa entrada hay una amplia selección de jazz, música panafricana y otras músicas del mundo, y al fondo hileras e hileras de libros para el lector general. La atmósfera es fresca y tranquila. Aquí está al fin, pienso, el rayo de sol que estaba buscando.

Veo discos de Ali Farka Touré y de Salif Keïta. Hay libros de Philip Roth, Penelope Fitzgerald y, como esperaba, Michael Ondaatje. Los precios son caros; no más que en una tienda británica o estadounidense, pero sin duda prohibitivos para la mayoría de los nigerianos. Sin embargo, para los que no pueden prescindir de este alimento, saber que existe un lugar así, a falta de buenas librerías u otros vendedores, marca la diferencia. Y mejor estos precios que ninguno. Pero este trabajo esencial está amenazado por el modelo de negocio ilícito de la otra tienda. Los impulsores de ésta han creado además un sello discográfico—ya han lanzado tres álbumes de un artista con el maravilloso nombre *highlife* de Fatai Rolling Dollar—y una editorial. Uno de sus últimos proyectos, *Lagos: a City at Work*, es un vasto compendio de textos y fotografías sobre la vida laboral aquí. Reúne obras de pensadores, escritores y fotógrafos nigerianos que intentan aprehender la «estructura no-lineal» de nuestro mastodonte urbano. Y, la verdad, para describir lo que siento por estas nuevas contribuciones a la escena lagosense hay una sola palabra: gratitud. Estos creadores emergen pese a las enormes dificultades; y son esenciales como signos de esperanza en un lugar que, como cualquier lugar de nuestra limitada Tierra, necesita esperanza.



Estoy en la furgoneta con tía Folake y tío Bello. Tienen varios recados que hacer y yo he aprovechado el paseo. Cada momento que puedo pasar con ellos es un placer. Mi tía es una cristiana fervorosa que se levanta a las cinco de la mañana y, antes de que salga el sol, dedica una hora a la Biblia y a textos piadosos. Su hermano es musulmán practicante. Pertenece a un grupo llamado NASFAT (Nasrul-Lahi-il Fathi Society of Nigeria), la mayor organización del país de un islamismo renovado. De temperamento plácido, es la antítesis misma de un yihadista; por eso es tan gracioso que su hermana lo pique con el apodo de «míster Osama». Por lo que puedo decir, sin embargo, en realidad nunca discuten de religión y mucho menos intentan convertirse uno al otro.

Tenemos que hacer varias paradas; hay que comprar unos pollos vivos, recargar varios bidones con aceite de palma y recoger unas maletas que ha reparado el talabartero. Así que recorremos el barrio y descubro cuánto se han poblado durante mi ausencia incluso las áreas periféricas de la ciudad. En las afueras, en el borde expansivo de la gigantesca metrópolis, se tiene una sensación de la atareada vida de la ciudad. Aunque la densidad es urbana, en el ritmo de ciertas interacciones, a distancia de las autopistas y las grandes estaciones, la vida es lánguida y la atmósfera no tan frenética.

La mujer que vende el aceite mide con precisión la cantidad requerida. Da gusto mirar la fluidez de la sustancia. Cae de un recipiente a otro en un hilo anaranjado, en hilos refulgentes como seda trenzada. Al otro lado de la calle hay una larga cola de niños y mujeres frente a un grifo de agua. Llevan cubos de plástico de colores vivos. Son ordenados. La solitaria boca sale de un caño adosado a la valla de una gran casa privada. ¿Cómo funciona esto? Mi tía dice:

—En esta zona el Estado no provee de agua corriente. Así que tienes un pez gordo con suministro propio. Perforación, bomba eléctrica, tanque subacuático, depósito elevado. El sistema completo. Pone un grito fuera de la casa y a un tipo que vigile y cobre. Quince nairas el cubo, a pagar antes de llenarlo.

Veo a una niña de no más de ocho años ponerse sobre la cabeza, con gran cuidado, una palangana llena hasta el borde. Cruza la calle, un paso seguro tras otro, y entra en una de las casitas. Vida en los márgenes. Para esta gente que debe comprar agua todos los días, un día sin dinero es un día sin agua. Y cuando hay agua, cada gota se guarda como un tesoro. Nosotros seguimos el viaje. Un pensamiento lleva a otro, como suele ocurrir con los pensamientos, y me acuerdo de Ben. Es un muchacho que el Cuerpo Nacional de Servicio Juvenil asignó al colegio de mi tía. Digo:

—Me gusta mucho Ben, ¿sabes?

—Ah, sí. Es un buen hombre. Muy trabajador, y responsable. Es ogoni, ¿te lo dije?

—No, no lo sabía. Esa gente ha sufrido. Tanto petróleo y ellos no ven un céntimo. Nigeria los ha tratado muy mal. Ken Saro Wiwa ahorcado, represión militar, ahora el daño al medio ambiente.

Empiezo a estusiasarme. Entonces mi tío dice:

—*Awon ko l'o m'an je'yan ní?* ¿No son ellos los que comen gente?

Me río.

—Venga, tío, venga—digo—, ¿por qué a los nigerianos os gustan tanto los rumores? Mira que a veces nos ponemos tribales... Quiero decir, os ponéis. Y, además, ¿nuestros yorubas no tienen también un rito no vegetariano y macabro relacionado con el parentesco?

Los dos se echan a reír. En el asiento de atrás los pollos empiezan a alborotarse pero pronto se aquietan de nuevo. Tío Bello dice:

—¿Pero de qué rumor hablas? ¡No es un rumor! Mira, te voy a contar una historia sobre mi amiga Constance. La mujer trabaja en la misma empresa de Agidingbi que yo. Es del estado de Ondo y durante su período en el Cuerpo Nacional de Servicio Juvenil la destinaron a la zona de Ogoni. Has de saber que es *afin*, albina. Pues bien, mientras hacía su semana de orientación en una región bien remota, cerca de las tribus y tal, cada noche había jaleo fuera. Gente cantando, gritando y golpeando las puertas. Hasta que los del Servicio Juvenil se dijeron, anda, ¿qué diablos es eso? Así que preguntaron y resultó que en aquel pueblo había una creencia: *pe afin o b'osi rara, won fe fa sita, won fe pa je*. ¡Vaya! Querían a la albina para asarla y comérsela.

Se me dilatan los ojos. Mi tía se ríe. Con la particular selección de palabras yorubas la historia es más graciosa.

—Pobre Constance. Como comprenderás, al día siguiente se mudó. Acabó el servicio en Lagos y no mucho después le dieron un puesto en mi empresa. —Y enseguida añade—: Así que cuidado con ese Ben. Nunca se sabe cuándo puede entrarle hambre.

Terrible historia. El resto del camino a casa lo hacemos entre risas.

A veces lo absurdo da risa. A veces no hay otra respuesta que un silencio estupefacto. Poco antes de mi vuelo de Nueva York a Lagos hubo en Nigeria un accidente aéreo. Un avión de la ruta Lagos-Abuja, tres minutos después de haber despegado, se vino abajo en el bosque cercano al pueblo de Lissa, en el estado de Ogun. No sobrevivió ninguno de los ciento diecisiete pasajeros. El gobierno prometió investigar, se produjo un gran revuelo y se habló de una jornada nacional de oración. Dos meses más tarde, estando yo en el país, un avión de la compañía Sosoliso se precipita en la carretera de Abuja-Port Harcourt. Mueren ciento seis personas; sólo una sobrevive. Entre las víctimas hay setenta y cinco niños que volvían de las vacaciones. Casi todos eran alumnos del internado jesuita San Ignacio de Loyola. Las escenas de padres disputándose los cadáveres carbonizados irreconocibles son estremecedoras. Muchos de esos padres presencian el accidente, porque el avión se sale de la pista después de aterrizar. Como la brigada de incendios no tiene agua sólo puede ver cómo el avión incinera a los pasajeros. Pocos días después las madres de los niños muertos organizan una protesta pacífica en Lagos. En la marcha esas mujeres, algunas de las cuales han perdido a tres hijos, son gaseadas por la policía y allí termina el asunto. No hay más protestas; no hay reparación.

Una frase que oigo aquí a menudo es *idea l'a need*. Significa 'sólo necesitamos una idea general o concepto'. Se aplica a situaciones diversas. Es una forma de decir: con eso basta, para qué empantanarse en detalles. La oigo constantemente. Cuando el electricista instala una antena y no recibimos más que la imagen borrosa de un solo canal, el de la CNN, en vez de las prístinas treinta estaciones que nos prometieron, el comentario no es que ha dejado el trabajo incompleto. Más bien es: ya nos las arreglaremos; al fin y al cabo *idea l'a need*.

¿Para qué molestarse en recibir con claridad cuando se puede tener una imagen nevada? Una vez, yendo a la ciudad con uno de los choferes de la escuela, descubro que el cinturón de seguridad tiene el cierre roto. Bueno, te lo cruzas en el pecho y te sientas sobre la hebilla, dice él; *idea l'a need*. No es cuestión de seguridad. Lo que buscamos es apariencia de seguridad.

Para cuando cae el segundo avión yo estoy planeando un viaje de Lagos a Abuja.

Creo que puedo correr el riesgo, pero en la familia nadie está de acuerdo. De todos modos compro el billete, y vuelo menos de una semana después del accidente. Tengo una profunda fe en las leyes de la estadística. Pero en el avión me pregunto: ¿cuándo fue la última vez que en un lapso de seis semanas se precipitaron dos vuelos comerciales en un mismo país? Y si han sido dos, ¿por qué no tres? La situación nigeriana es especial. Hay razones para tener miedo. Nigeria Airways, la aerolínea nacional, quebró después de años de mala gestión. Las lucrativas rutas entre Lagos y Europa las cubren ahora compañías extranjeras; los vuelos internos y al África Occidental, varias empresas privadas. Entre Lagos y Abuja hay varios aviones al día. Pero es en África, cuyo tráfico aéreo representa menos del cuatro por ciento del mundial, donde ocurren más de la cuarta parte de los accidentes. Investigaciones oficiales han revelado que muchas de las líneas aéreas privadas usan aparatos viejos. Algunos tienen más de treinta años de servicio. Son aviones *tokunbo*, adquiridos a empresas europeas que ya los habían descartado. En la deplorable cultura nigeriana del mantenimiento, esto es la receta del desastre.

Un componente grave del problema es la corrupción. La autoridad aérea no logró imponer la

recomendación de retirar del servicio todo aparato con más de veintidós años de antigüedad; de haberse tomado en cuenta quizá se habrían evitado los desastres recientes. Así las cosas, poca duda cabe de que se han pagado sobornos importantes para mantener los aviones viejos en uso. El día de mi viaje de ida, el gobierno prohíbe volar a las compañías aéreas Sosoliso y Chanchangi. Poco después levanta la prohibición. El día de mi regreso a Lagos se quedan en tierra todos los Boeing 737, cualquiera que sea la compañía a la que pertenecen. Esto causa largas demoras en el aeropuerto. Cuando por fin abordamos nuestro vuelo, Virgin Nigeria no da la menor explicación por las seis horas de retraso.

La situación en Nigeria me recuerda los *cargo cults* en Melanesia, donde los nativos abrían caminos en la selva y construían «torres de control» de bambú y rafia porque creían que esas estructuras, parodias de la aviación moderna, traerían bendiciones materiales de los dioses del cielo. Tal como los isleños del Pacífico, o casi como ellos, los nigerianos no siempre están dotados filosóficamente para tratar con los bienes materiales que tanto desean consumir. Hacemos despegar aviones pero no los fabricamos, y mucho menos invertimos en investigación aeronáutica. Usamos teléfonos móviles pero no los hacemos. Más importante aún, no favorecemos formas de pensar que lleven al desarrollo de teléfonos o turbinas. Parte del bagaje filosófico adecuado es la atención a los detalles: el rechazo a enfocar el mero diseño de un sistema, un compromiso con la precisión, con el espíritu creativo y científico que hay detrás de lo que uno usa.

Abuja, capital de Nigeria, se alza en medio del Sahel como una aparición moderna. Las avenidas son limpias y anchas y los edificios gubernamentales, imponentes; todo tiene ese aspecto desolado y vagamente fascista común a las capitales, de Washington D. C. a Brasilia. La mezquita nacional es una gigantesca fantasía de ciencia ficción, una suerte de nave nodriza recién aterrizada. Casi completa está la catedral nacional, una puntiaguda invención moderna. Si bien los dos templos son los edificios más prominentes del horizonte urbano, compiten en prestigio con otros. El restaurante tailandés adonde me llevan a cenar mis amigos está a la altura de cualquiera que yo haya visto en otros países. También es inaccesible para el bolsillo de la mayoría de los nigerianos. Luego vamos a una bolera con pistas de neón, música ensordecedora y jóvenes a la moda. ¿Son signos de progreso? En parte sí. Hay un auge de los negocios, economía de mercado y parejamente la esperanza de que la gente salga de la pobreza.

Pero todavía es un progreso prestado y falta de los compromisos ideológicos que pueden darle realidad. El presidente de la Federación persiste en un sermoneo continuo, algo en lo que se parece mucho a sus votantes. El caballo de batalla del presidente Obasanjo es la «imagen» del país. Cree que los críticos de Nigeria son los que más daño le hacen. Los califica de antipatriotas perniciosos. Insiste en que el único defecto real está en señalar los defectos. El ciudadano sólo debería hablar de lo bueno. Al fin y al cabo ninguna sociedad es perfecta.

Aunque los edificios y las calles de la capital den la idea de una sociedad ordenada, la realidad es la opuesta. Los hechos más corrientes se explican por causas sobrenaturales. Tío Tunde me contó una historia de su padre, un individuo jovial que fumaba como un carretero y había muerto hacía unos años; de chico yo lo había visto un par de veces. Durante mucho tiempo el viejo no se había ido a la cama sin tomar media pinta de su tónico favorito: la provisión de Guinness negra que escondía debajo de la cama. Al final murió en paz mientras dormía, a la impresionante edad de ciento seis años. Pero después de la muerte algunos parientes no dejaron de murmurar que debían de haberle hecho un trabajo de magia negra. *W'on se baba yen pa ní*: alguien le hizo algo al viejo. Nada sucede por causas naturales. Hay una creencia generalizada en la acción de la

magia y la maldad. A este animismo ha venido a sumarse la epidemia de cristianismo evangélico que se ha extendido por el país, sobre todo en el sur.

La Iglesia se ha convertido en uno de los mayores negocios; ramas y «ministerios» brotan como hongos en cada calle y esquina. Sus militantes predicán una combinación potente de miedo al infierno y amor a la prosperidad financiera. Muchos de los adeptos más fervorosos son alumnos de institutos y universidades. En su visión del mundo la oración basta para acabar con los accidentes aéreos. Todo el mundo espera un milagro, y a los que no lo reciben se los acusa de falta de fe. En parte como respuesta a esto, en parte por otras necesidades, el islam también se ha radicalizado, especialmente en el norte. Ciertos estados, como Zamfara, ya son teocracias de facto cuya ley local es la sharia. En Abuja me alojé enfrente de la Casa de Gobierno de Zamfara y el lamento incesante que manaba de la mezquita oficial no me dejó dormir.

Un claro ejemplo de la desconexión de Nigeria con la realidad son las tres cosas por las que ha destacado últimamente en la prensa mundial. Nigeria fue declarado el país más religioso del mundo, se dijo que los nigerianos son el pueblo más feliz del planeta y, en el informe de Transparencia Internacional de 2005, el país quedó sexto desde abajo entre ciento cincuenta y ocho según el índice de percepción de la corrupción. Religión, corrupción, felicidad. ¿Por qué, si la sociedad es tan religiosa, se preocupa tan poco por la ética y los derechos humanos? ¿Por qué, si es tan feliz, tanto cansancio y sufrimiento reprimido? La profética canción del difunto Fela Kuti, «Shuffering and Shmiling» sigue vigente. Ese adalid del pueblo era también su crítico más feroz. «Shuffering and Shmiling» trata de la tremenda presión cultural para que el nigeriano se declare feliz aunque no lo sea. A los infelices se los barre, como a las desdichadas madres de la marcha de protesta. Pero no hay que empantanarse en los detalles cuando con la idea general basta y sobra.



La terminal del autobús Ojodu-Berger conecta con la autopista por un empinado camino de tierra. Cientos de buses y coches cruzan ese paso estrecho a todas horas, como un gran rebaño que vadea un arroyo para trepar por la otra ladera. De allí hacia el sur, el viejo peaje de entrada a Lagos está a sólo diez minutos. En un día de tráfico ligero no lleva mucho pasar por los distritos de Alausa y Oregun. Desde el alto puente de Ojota, donde Ikorodu Road se extiende por la ciudad hasta donde alcanza la vista, hay una vista panorámica del área densamente poblada de abajo: coches, *molues*, *danfos*, gente. Movimiento perpetuo. Lo conozco bien. Cuando en mi infancia vivíamos en Opebi, hice cientos de veces esta ruta para ir a la escuela. Ahora tengo un recuerdo nítido de aquellos viajes como uno solo. Delante, desde un cartel, una gigantesca mujer recostada ronronea: «¿Con quién duermes esta noche?». Es una publicidad de colchones. En el cartel de al lado hay jóvenes bailando en una fiesta. «No me extraña que los nigerianos sean el pueblo más feliz de la tierra», dice el eslogan. El patrocinador es la British American Tobacco Company.

Al dejar atrás Ojota, cerca de la autopista, en un llano de la derecha, veo otra cosa: altos muros almenados que imitan los de un castillo medieval. Dentro, visibles desde la carretera, hay un apretado grupo de edificios alrededor de un aparcamiento lleno. A la entrada del complejo hay una verja de un rojo subido: Chinatown. ¿Barrio chino en Lagos? Pero allí está, un signo más de que estamos en una ciudad normal, o que aspira a la normalidad, con su barrio chino como Nueva York, Vancouver, Londres o San Francisco. Éste cumple con los requisitos, hasta el de los ideogramas en la fachada. Han llegado los chinos y se los ve por toda Lagos: comerciantes, contratistas, mano de obra. Ahora esto es su casa. En 1999 establecieron la urbanización Chinatown y empezaron a vender rollos de tela, aparatos electrónicos, dispositivos digitales, utensilios de cocina. Los bajos precios atraían a manadas de nigerianos. Pero no es tan fácil para los chinos. Los comerciantes encuentran enormes dificultades para introducir las mercancías por los puertos. Tienen que pagar sobornos de escándalo y los tiempos de entrega son impredecibles. Y mientras estoy en Lagos el gobierno estatal cierra temporalmente todas las tiendas del barrio chino so pretexto de investigar una red de cedés piratas.

Pero los chinos no son los únicos nuevos. Personas de todos los rincones del mundo han venido a aprovechar las ventajas de la reciente apertura económica. Indios, libaneses, alemanes, estadounidenses, británicos. Los veo en los restaurantes, centros comerciales y mercados callejeros. Tienen sus urbanizaciones y sus colegios privados. Cuando yo era pequeño, personas como mi madre eran llamativas, siempre objeto de miradas adultas y gritos infantiles: *oyinbo!* Otros caucásicos eran pocos y estaban lejos, agrupados en Ikoyi o en el campus de la Universidad de Lagos. Ya no es así. Ahora en Nigeria se puede hacer mucho dinero y el mundo con todo su colorido ha venido a probar suerte. El autodenominado «gigante de África», cerrado durante mucho tiempo por su reputación de lugar difícil, se ha abierto. Al liberarse la energía almacenada todo es pura actividad y la sensación de que es posible hacer negocios mueve a la gente. Alrededor, no obstante, el pasado sigue acumulándose como una riada. Demasiado fácil formularlo así..., pero, ¿en qué pasado estoy pensando? En el de la nación, creo. Pero tal vez también en el mío; tal vez los dos estén conectados, así como un corto segmento de costa se

forma con la misma lógica que la placa continental.

El coche que va delante de nuestro autobús, un decrepito Peugeot 504, tiene un adhesivo con una cara sonriente y la leyenda «¡Relájate! Dios está al mando». Se me ocurre que el velado pánico que tiñe aquí tantas interacciones se debe precisamente a que no hay nadie al mando; nadie es responsable último de nada. Vivir en Nigeria, en especial en Lagos, exige una vigilancia constante. Es del todo posible poner buena cara al mal tiempo; lo que no es posible de ningún modo es relajarse. Mi tía me cuenta una historia que viene muy a cuento. Ellos tenían dos perros: un basenji de pelo liso, Zo, y una perra temperamental a la que llamaban *Miriam Abacha* en honor a la mujer del dictador de entonces. Los dos murieron el mismo día. Mi tía dice que a veces, antes de robar una casa, los atracadores matan al perro guardián lanzando comida envenenada por encima de la cerca. Ve improbable que los dos perros murieran de muerte natural: tienen que haberlos envenenado. Le pregunto cuándo sucedió. «Justo unos días antes de que tú llegaras», dice. Me pregunto entonces si no nos espera otra visita de los ejércitos de la noche. Es una posibilidad tan terrible que más vale no mencionarla.

Ver las perreras vacías, el alambre oxidado, me perturba de otra manera. No es miedo; es algo mucho menos claro. La sensación dura semanas. Permanece como una resaca en varias reuniones con amigos y familiares. Las aleccionadoras imágenes que recojo vagando por la ciudad la vuelven más intensa. Lucha y carencia. Vértigo, aquí, entre la gente más feliz del mundo. En Nigeria experimentamos todo lo bueno que da sabor a la vida, pero siempre con aprensión, conscientes de la fragilidad de las cosas. Pero ¿y si todo lo que va a pasar hubiera pasado ya y sólo estuviéramos asistiendo al despliegue de las consecuencias? Más inquietante aún: cada vez que entro en la casa tengo que pasar frente a esas perreras. No se las puede eliminar ni desterrar del recuerdo, y abiertas como han quedado ahora parecen más vacías que cuando estaban nuevas y desocupadas.

Me sorprende la proliferación de restaurantes diseñados según el modelo de la comida rápida estadounidense. En los noventa, cuando me fui, había uno solo: Mr. Bigg's. Ahora hay varios en cada barrio; muchos operan por el sistema de franquicias. Mr. Bigg's y sus principales competidores—Tantalizers y Sweet Sensation—son establecimientos bien administrados que ofrecen pastelería, hamburguesas y especialidades nigerianas. En general son limpios como el McDonald's medio; tienen aire acondicionado y lavabos que funcionan. A medida que aumentaba la competencia fueron bajando los precios. Si Mr. Bigg's empezó como un lugar para que los ricos llevaran a sus hijos, hoy en estos locales proveen a la clase media. Es un triunfo modesto del mercado libre; un pequeño ejemplo de lo que en la nueva Nigeria se hace bien. Hasta la fecha no se ha establecido en Lagos ninguna de las grandes cadenas estadounidenses de comida rápida.

Hay un Tantalizers no lejos de la casa de mis parientes. Muerto de ganas de comer caracoles picantes y guisado de espinacas con semillas de melón, me escabullo y paro una moto para que me lleve. La moto es una buena manera de captar el pulso de la ciudad. La moto comercial, popularmente llamada *okada* (así se llamaba el hombre que la introdujo en la ciudad), se ha ganado una justa fama de medio de transporte extraordinariamente peligroso. El pasajero tiene que agarrarse a la cintura del conductor, que zigzaguea rápidamente entre el tráfico, y los cuerpos de los dos (y a veces tres) viajeros absorben el impacto de cada socavón de la calzada y una buena capa del fino polvo rojo de la ciudad. Abundan los accidentes. Como para las mujeres es demasiado arriesgado montar a la amazona, se alzan las faldas hasta mitad del muslo y van a horcajadas. Muchas se ponen fajas tradicionales bajo las faldas. En Lagos la moto sigue siendo el medio de transporte más rápido y barato para distancias cortas, y ni a las mujeres parece importarles la momentánea intimidad a que las obliga. Ha habido repetidas amenazas de prohibirlas, pero creo que la popularidad de la *okada* asegura su continuidad.

Volviendo en *okada* desde Tantalizers, al borde de la calle veo un cartel que dice: BLINDE SUS CRISTALES A PRUEBA DE BALAS. Al principio pienso en Clark Kent, pero luego me doy cuenta de que es un anuncio de parabrisas blindados. Otros letreros, colgados por iglesias o herbolarios, ofrecen milagros más biológicos y en general menos probables. ESTA NOCHE ESPERA UN MILAGRO: CURAMOS EL SIDA Y LA ESTERILIDAD. Y se diría que, a despecho de las decepciones de cada noche, mucha gente sigue esperando que el milagro ocurra. Cuando llego a casa cojo un cubo y voy derecho a prepararme un baño. En esta estación hay que ducharse como mínimo dos veces al día. Yo llego a darme tres o más duchas para paliar el calor y quitarme el polvo. Entre la frescura del agua y la penumbra del cuarto me invade un bienestar inmediato. Se alza la fina armadura de tierra. De la nariz y el cuerpo se desprenden hilillos marrones que corren hacia el sumidero. El mundo recobra la calma y la limpieza.

Estoy saliendo de la ducha cuando suena el teléfono. Es la madre de mi amigo Seyi. Tengo para entregarle tres libros que su hijo le envía desde Nueva York. La señora Aboaba es una importante abogada de una firma de la isla Victoria. Pero estos libros no son de derecho: *Postguerra* de Tony Judt, *Problema infernal* de Samantha Power y, como extraño tercero, *Eats, Shoots and Leaves. The Zero Tolerance Approach to Punctuation* de Lynne Truss. La señora

Aboaba me agradece que los haya traído.

—¿Quiere explicarme cómo llegar a su casa, *ma*? Podría llevárselos hacia el final de la semana que viene.

—Ah, no, no hace falta. Está demasiado lejos. No quiero darte trabajo. Mandaré a alguien a recogerlos.

—¿Está segura, *ma*?

—Sí, haremos eso. ¿Hoy por la tarde estarás en casa? Dame tu dirección y enviaré a alguien del despacho.

Una hora más tarde suena el timbre. En la puerta hay un hombre sin chaqueta, con la camisa pulcramente metida dentro del pantalón de pinzas. Tiene una figura enjuta y facciones afiladas. Es de tez blanca, y cuando se presenta como Chinedu confirmo mi intuición de que es igbo. Lo recibo en la entrada de la propiedad y subimos la escalera hasta la sala.

Nos sentamos a la mesa y hablamos de todo un poco. Él ha venido en *danfo* cruzando la ciudad por el Tercer Puente. Fue un viaje fácil, dice, porque ya había pasado la hora punta de la mañana y los atascos de la tarde no habían empezado. Le pregunto si quiere beber algo y asiente. Debe de tener poco menos de treinta años pero, salvo por un diente picado, parece mucho más joven. Todavía tiene aspecto de colegial. Noto que le impresiona—la sonrisa lo delata—que le sirva una lata de Pepsi. Entonces caigo en que, como en Nigeria los refrescos en lata son mucho más caros que los embotellados, probablemente le parezca una extravagancia. Yo no quiero ver cómo bebe pero no hay otra cosa que hacer. Él sorbe de un vaso. Luego, para dejar claro que no es un simple mensajero, dice:

—En realidad soy secretario de juzgado. De hecho fui a la universidad. En la oficina no es que seamos de los grandes, pero ayudamos con los legajos y un poco a investigar.

Y también hacen recados varios, pero eso se lo calla. Actúa con timidez, pero se nota que es una actitud aprendida. Es de naturaleza locuaz, pero se está refrenando. Me gustaría preguntarle si está casado, si tiene hijos. Vete a saber qué cargas adicionales soportan estos hombros frágiles. Pero me contengo.

—Ya tendría que volver, en realidad.

No se ha terminado la Pepsi. Pongo los libros de la señora Aboaba en una bolsa de plástico y se la doy. Salimos. Hace un día despejado y al sol el cemento luce blanco. Frente a nosotros oscilan nuestras sombras. Chinedu ya está sudando. Yo no transpiro tan fácilmente, pero el frescor de la ducha ha desaparecido. Vamos despacio hacia la puerta, pasando frente a las perreras vacías, y mientras andamos le doy las gracias. Con una amplia sonrisa él vuelve a decir «en realidad», pero se detiene a pensar cómo formulará lo que tiene en la cabeza. Le brillan los ojos.

—No quiero causar..., no sé..., no quiero causar problemas.

—No veo ningún problema.

—Lo que digo es que... no quiero que mi jefa se disguste. Así que, si es posible, mejor no le cuente que...

Asiento y le aseguro que no pienso enviar ningún informe. Le pido que diga lo que quiera sin reprimirse.

—Pues lo cierto, señor, es que me alegro de conocerlo. Siempre he oído hablar de los que se marcharon allá, ya sabe, a Estados Unidos. Pero nunca había tenido la oportunidad de conocer a uno. O sea que para mí es un buen día. —Hace una pausa y sin dejar de sonreír me escudriña. Luego sigue—: En realidad me gustaría conocerlo. Realmente, digo, conocernos, me entiende. A lo mejor un día, conociéndolo a usted, tengo una oportunidad de irme a Estados Unidos.

Conocernos realmente, como amigos.

Me recuerda al Leonard Bast de *Regreso a Howards End*. La conciencia aguda de una brecha social y la esperanza de que el entusiasmo y la aplicación permitan salvarla. Me recuerda dolorosamente a mí mismo, a mis primeros tiempos en Estados Unidos, cuando era yo el que vivía la asimetría social, los tiempos en que era yo el Leonard Bast de otro. Aquella vaga humillación de saber que uno merecía más. Y aquí hay millones que, justamente o no, sienten que merecen más. Llegamos a la puerta. Abro el cerrojo.

—Entiendo lo que dices, sé de qué hablas.

—Vaya, señor, cómo me alegra que entienda. En realidad, ya le digo, estoy contento de conocerlo. Si pudiéramos intercambiar teléfonos, ya sabe, sólo para estar en contacto. O su e-mail. Si está de acuerdo.

—Sí, estoy de acuerdo. El caso, Chinedu, es que antes de marcharme todavía debo pasar por el despacho de la señora Aboaba. Así que no hay prisa. Te veré cuando vaya, si te parece, y entonces nos daremos las señas. Porque este móvil es de mi tía. Más adelante será mejor.

—Vale, vale. Así está bien, de hecho. Yo estoy allí cada día.

—Y descuida que no se lo contaré a tu jefa. Gracias de nuevo por recoger los libros. ¿Nos vemos pronto?

—Sí, claro, sí. Gracias a usted.

Le doy la mano, sabiendo muy bien que no volveré a verlo nunca. Él sigue sonriendo, las filas de perlas interrumpidas por el incisivo en ruinas. Hace ademán de decir algo más pero se arrepiente. Entre sonrisas, asintiendo con la cabeza, sin más palabras, nos decimos hasta la vista. Él enfila el largo y tranquilo camino de tierra que lleva al portón. En unos minutos estará en la parada del autobús para volver a unirse a la gran masa de mercedores, todos los otros, innumerables, que esperan milagros. Lo observo largo rato; poco a poco, relevada por la polvareda, la figura se vuelve irreal. Un rato después sólo veo el camino.

Paso tres días atontado por la fiebre y cuando llega el 27 de diciembre, un martes, la fecha impresa en mi billete, estoy penando en la cama. Entre el calor y el frío, acurrucado y casi desnudo bajo un montón de mantas, sudo y tiritito y me duelen las articulaciones. Las fuertes dosis de Coartem que tomo parecen atenuar los síntomas pero tienen efectos secundarios terribles. Vomito abundante líquido, sobre todo la avena que he tomado en el desayuno. Y tengo que ir continuamente al lavabo a evacuar mierda líquida, con el cuerpo frenético en su intento de deshacerse del patógeno. Tomo Thalazole para controlar las deposiciones y Mefloquina para la malaria. Oigo pasos, jadeos, el ruido de una hoja afilada con piedra, el opaco aleteo de un gran abrigo. En el apogeo del delirio, pienso: viene por mí. Pero el pensamiento se aleja, revoloteando, y también las alucinaciones.

Cerca del mediodía entra una visita. Es Oluwafemi, un amigo de mis tiempos en Zaria. Estaba en un curso inferior al mío. Como casi todos los jóvenes que no he visto en más de una década, ha alcanzado una talla imponente. Es abogado, en período de prácticas, y para el futuro tiene la ambición de abrir un día un bufete de abogados en Lagos.

—Tengo malaria.

—Oye, no digas eso.

Me quedo perplejo.

—¿Qué quieres decir? Tengo malaria.

—Digo que cosas como «tengo malaria» no se dicen. La lengua es muy poderosa, ¿sabes?

—Ah, genial. Pero lo cierto, colega, es que realmente tengo malaria. Así que lo digo. Hace veinticuatro horas que estoy echando las tripas.

—Tú no estás enfermo, si no lo dijeras no lo estarías.

La verdad, no quiero discutir con él. En ese momento corro al lavabo a despachar una urgencia. Después de arrastrarme de nuevo hasta la cama, digo:

—Me ha picado una hembra de anófeles. Ésa es la realidad, el plasmodio que me ha parasitado los glóbulos rojos alterándolos, Oluwafemi, y cuanto antes lo admita, antes podré tratar la enfermedad. No tiene sentido ignorar los hechos.

En vano busco en su rostro algo de comprensión. Se limita a menear la cabeza como si le diera pena, porque me aferro a la visión científica del mundo. «¡Relájate! Dios está al mando». Y su actitud me da la clave de mucho de lo que he observado en estas semanas. La idea de que decir algo lo hace realidad, que las leyes de la imaginación importan más que todas las demás. Pero, por supuesto, Oluwafemi está justificado: él es un prodigio de salud y yo, negligente con la lengua y falta de fe, aquí estoy tumbado bajo unas sábanas pringosas.

Cuando llego al aeropuerto sigo llevando la enfermedad en el cuerpo. Tengo fiebre y ningunas ganas de viajar. Pienso si no sería mejor cancelar el vuelo. Con cierto aire taciturno, el empleado en el mostrador de facturación me pregunta si no tengo algo para darle. Dólares, quizá, o naira. No, digo, mostrándole las palmas, estoy sin blanca. Me revisan las maletas y, una vez comprueban que están libres de contrabando, las etiquetan. Las recoge un despachador radiante. ¿Algo para él?, pregunta, ¿ni una propinilla? No; esta noche nada, nada. Paso por el control de seguridad y me encamino a la puerta de embarque. Desde el vidrio laminado de la terminal, una

fila de luces fosforescentes brillan en la oscuridad a lo largo del túnel más ancho del edificio principal, hasta que salimos a la puerta de embarque, entramos en la pasarela y abordamos el avión. Me abrocho el cinturón. Rápidamente la frente se me llena de gotas que con igual rapidez se evaporan. A mi alrededor, el ajetreo de la partida, personas con demasiado equipaje de mano, disputas por la asignación de los asientos. Chorros de aire seco salen siseando de las boquillas y en la cabina hay un efecto de compresión. La palabra *hogar* me sabe a comida extranjera. Qué palabra tan sencilla y qué difícil fijar su significado. Todavía no hemos partido y ya hay algo que me atrae de vuelta a esta ciudad, este país. Una vez el avión está lleno, todo el mundo sentado y con el cinturón abrochado y los compartimientos superiores cerrados, quedamos media hora plantados al borde de la pista. Y luego, al fin, sin que la tripulación explique nada, empezamos a movernos. Apoyo la cabeza en la ventanilla.

El avión suelta lastre y se eleva sobre la ciudad, sobre los incontables puntos luminosos dispersos por el paisaje como estrellas, lentamente se eleva hacia la noche despejada del harmatán, reduciendo la compresión, y entra en el éter, más y más, hasta que no se ve nada en la oscuridad salvo la oscura curva de la tierra.



La nieve lo domina todo; al otro lado de la ventana, hurta los detalles y sofoca el trajín. En la calidez del apartamento, mi cuerpo todavía resiente la diferencia horaria. Son las cinco de la mañana. Tengo insomnio y una taza de té entre las manos. Y, sentado aquí, vuelve a mí un recuerdo de Lagos, un momento del breve viaje que resurge pasado el tiempo.

Estoy otra vez en los alrededores de la iglesia de San Pablo de los anglicanos iganmu, donde ruinosas casas coloniales conviven con chabolas improvisadas y la descuidada fachada del edificio de la Secretaría de Prensa del gobierno mira el lustroso cristal de las puertas de Mr. Bigg's. Aquí las pistas urbanas se pierden como en un desierto. Es una calurosa tarde de jueves. La gente está trabajando y sólo yo camino sin rumbo. En una casa tras otra veo pintada una indicación inequívoca pero intrigante: *ESTA CASA NO ESTÁ EN VENTA*. Sinuosas callejuelas se entrecruzan como anguilas en una cesta; no hay dos que corran paralelas. Desorientarme de este modo siempre me produce emociones ambiguas. No saber dónde estoy me expone a varios peligros, y siempre es posible que me aborde alguna pandilla. Por otro lado soltar amarras me conecta con la ciudad como un lugar puro, un espacio que recorro sin prejuizar lo que veré cuando doble la esquina.

Estoy en un laberinto. Un laberinto, no un dédalo; nunca había pensando en la diferencia, pero ahora está clara. Los meandros del laberinto conducen al fin a un centro significativo. En cambio el dédalo está lleno de callejones sin salida, atolladeros y señales falsas; el dédalo es el dominio de un dios burlón. En cuanto entro en un callejón soleado del corazón del barrio siento que en mi presencia hay cierta intencionalidad. Aunque nunca he estado allí, tengo una impresión de regreso, de centro. Es un pasaje y está lleno de botes. Son botes almacenados. A un lado de la calle, las proas asoman por los bajos de los edificios. La mayoría de los edificios son de dos o tres plantas, y el callejón mismo no tiene más de ciento cincuenta metros de largo. Como el sol está en su cénit y me he desorientado, no sé si estoy en el lado norte o sur. Enfrente de los edificios hay un muro de cemento detrás de tres grandes árboles. El muro va de un extremo a otro del pasaje y bajo los árboles hay unos niños jugando. Una mujer cuece alubias en una olla. En mi lado hay motas de sol. Cuando entro en el callejón, o más bien cuando algo tira de mí como podría tirar la fuerza de una marea que baja, veo que las puntas que asoman no son en absoluto proas de lanchas. Son ataúdes, docenas de ataúdes de diferentes tamaños y en varias fases de acabado, dispuestos en un arreglo sobrio y prosaico.

No hay ningún coche aparcado, apenas un par de motos, pero hay mucha actividad. Hombres con el torso desnudo o camiseta blanca trabajan la madera con sierras, escoplos y otras herramientas. Los cuerpos brillan en la penumbra de los talleres. Son muchos; esto debe de ser un consorcio de carpinterías; es evidente que aquí trabajan y viven con sus familias. Pero, por lo que alcanzo a ver, sólo producen ataúdes. Ni sillas, ni mesas, ni armarios, ni ninguna otra cosa. Únicamente ataúdes, algunos pintados de blanco, otros con un tinte lustroso, otros claros y aún sin barniz. Sobre un caballete hay un féretro de lustre oscuro. Es grande, con tiradores de bronce, y parece tan fuera de lugar y sorprendente como un Rolls-Royce en un gueto. Por la tapa entornada se ve el interior forrado de satén blanco: una invitación al sueño.

Quiero sacar la cámara y capturar la escena. Pero tengo miedo. Miedo de que los carpinteros,

absortos en su trabajo meditabundo, alcen la vista hacia mí; miedo de estar contando algo sólo destinado a la memoria, sólo a una mirada de reojo seguida de olvido. Un hombre alto con una gorra celeste mueve rítmicamente los brazos sobre una tabla color mantequilla. Tiene los brazos largos y negros, y trabaja con un ojo cerrado. Las virutas se amontonan alrededor de sus pies, enterrados hasta los tobillos en esas sortijas de madera que, recuerdo de golpe, tanto me fascinaban cuando tenía siete u ocho años. Me acuerdo del carpintero que nos hizo los muebles, de la pila de virutas del taller, de la suave fragancia, un perfume adecuado a la naturaleza juguetona del material, que manaba de esos flotantes bucles de oro y parecía trascender la madera que los originó.

Tiene dignidad este callejón de cloacas abiertas y techos oxidados. Aquí no se predica nada. Sus habitantes sirven sencillamente a la vida asegurando un buen pasaje a la muerte; su intrincado trabajo refulge un instante y luego queda oculto para siempre. Es un lugar inquietante este astillero de Caronte, pero también de una pureza vivificadora. Vivificadora pero no exactamente alegre. Más bien transmite plenitud, la consoladora sensación de que hay en las cosas un orden, un orden de estructura profunda, y tan penetrante que cuando llego al final del pasaje y veo, a mi derecha, la salida del laberinto hacia el ajetreo normal de la ciudad, no tengo ganas de seguir adelante. Al mismo tiempo sé que no me es posible quedarme.

En el lado de la sombra del callejón los niños juegan a gritos con una vieja rueda de bicicleta. Un pequeño tambaleante, marginado de la diversión, se echa a llorar, pero un hermano lo levanta y le hace cosquillas hasta que se atraganta de placer. La mujer que remueve las alubias hunde un dedo en el guiso para probarlo. Ésta es la calle adonde personas de todas las clases de la vieja Lagos vienen cuando alguien muere. Si es un anciano vienen con gran fanfarria, encargan el ataúd más caro para celebrar una vida, alquilan el campo de fútbol de un instituto y dan una fiesta con baldaquines, música animada y ropas coloridas. Pero si el fallecido es un joven, si cayó sin haber vivido plenamente, los ritos se llevan a cabo con la discrección propia del dolor: un ataúd sencillo, nada de adornos, y un funeral modesto en un día laborable, marcado por un llanto amargo y recatado, al que no asisten ni los padres ni los amigos de los padres porque los viejos no deben ver sepultar a un joven. Estoy seguro de que los carpinteros pueden dar testimonio de todo esto. Y quizá en las habitaciones del fondo de estas casas humildes hay mujeres que ayudan a preparar los cuerpos para el último viaje; mujeres que lavan los restos de un padre, de una madre o de un hijo, acomodándole los miembros rígidos en ropa nueva, empolvándole el rostro, ungiéndole el cabello con aceite de coco.



TÍTULO ORIGINAL
Every Day is for the Thief

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2007, 2014 by Teju Cole. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2016 by Marcelo Cohen
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-44-7

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
enero de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

1 Cita de la letra de la canción «I know what I know» de Paul Simon. (*N. del T.*).